

Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 17 DE JULIO DE 1916

Núm. 1.803

OBSEQUIO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL E ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

En el próximo número repartiremos una lámina suelta impresa en colores, reproducción exacta de un precioso cuadro de José García Ramos, de costumbres andaluzas. Tenemos la seguridad de que este obsequio será del completo agrado de nuestros suscritores, pues se trata de una obra artística de verdadera valía reproducida por los más perfectos procedimientos.



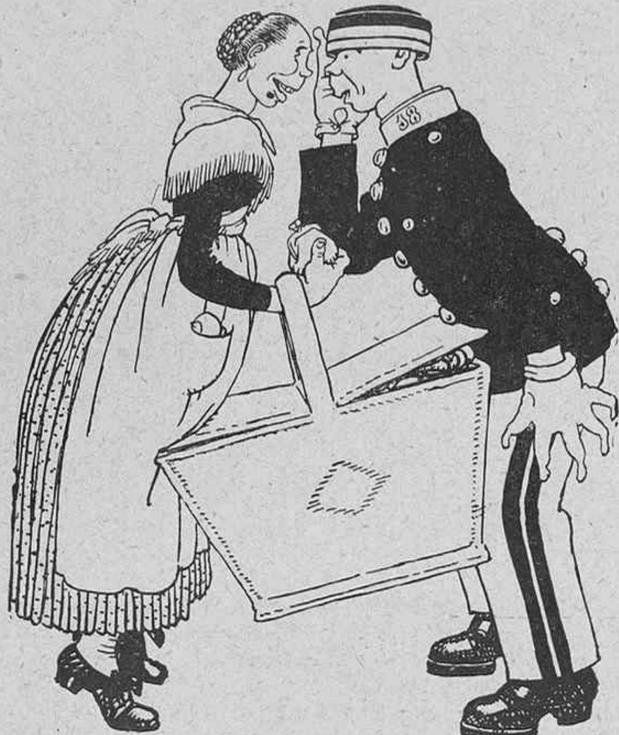
LA GUERRA EUROPEA (Fotografía de M. Branger)

Los primeros prisioneros alemanes hechos por los franceses en el Somme durante la actual ofensiva franco-inglesa

Estos prisioneros, conducidos a las líneas de retaguardia, llegaron a ellas extenuados por la fatiga y sobre todo por la sed; cuando hubieron apagado ésta con el agua que los franceses les distribuyeron, la mayoría de ellos se tendieron en el campo, buscando en el sueño el reposo reparador

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363



—¡Filomena! ¡Soy de cuota!
—¡Otra que Dios! ¡Qué finura!
—Paice que gastes la **Crema,**
Agua y Jabón PECA-CURA.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas —MASON & HAMLIN, Boston & New-York. —Autopianistas Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía. —Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne. —París.
ROLLS PERFORADOS STANDARD. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis.**
Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.

NO MAS VELLO

POLVOS COSMETICOS de FRANCH.
DEPILATORIO
NO IRRITA EL CUTIS
QUITA
EL VELLO Y EL PELO
MATA LA RAIZ
PRECIO 2'50 P. M. BOTE
SE TOPAN LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS
AL POR MAYOR-BORRELL HERNÁNDEZ ASALTO, 52, BARCELONA
SE RECIBE POR CORREO CERTIFICADO ANTICIPANDO 3 P. M. 50

DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

BALNEARIO SRIUS

CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

FUMISTERIA CAÑAMERAS

Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: DIPUTACIÓN, 421 y 423
Entre Sicilia y Cerdeña). — Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 3880
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID
Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES

DE

Pinillos, Izquierdo y C.

S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Príncipe de Asturias, Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

57.375 toneladas Morson de registro total.

LÍNEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

Servicio mensual rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

LÍNEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO PARA SANTOS, MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES por los nuevos vapores-correos de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provistos de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

PRÍNCIPE DE ASTURIAS * INFANTA ISABEL

Salidas de Barcelona el día 17 de cada mes.

Travesía en 15 días

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

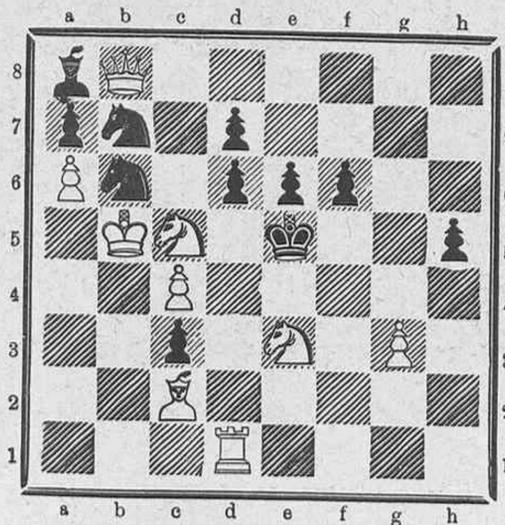
Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 687, POR A. ELLERMAN

NEGRAS (11 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 686, POR E. PAPE

1. d5-d6.

La Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 17 DE JULIO DE 1916

Núm. 1.803

OBRAS DEL ARTE MODERNO

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



DULCE DESPERTAR

cuadro de José M.^a Tamburini. (Fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *Con palma*, por Federico Trujillo. - *Notas de arte.* - *La guerra europea.* - *La Granja.* *El virreinato de la Real familia.* *Excursión a los montes del Pular.* - *Melilla.* *Un andaluz en África.* - *La espuma del mar* (novela ilustrada; conclusión). - *Barcelona.* *En la Escuela de Bosque de Montjuich.* *Homenaje al ilustre escultor José Llimona.* - *El nuevo servicio de limpieza pública, domiciliaria y riegos.*

Grabados. - *Dulce despertar*, cuadro de José M.^a Tamburini. - Dibujo de Calderé, que ilustra el cuento *Con palma.* - *Picador veterano.* *Una profesión en una aldea de la montaña.* *Entrada del puerto de San Sebastián*, obras de J. J. Kowalski. - *Obras del escultor Sr. Coullaut Valera.* - *El descanso.* *La recolección.* *La ofrenda*, obras de Darío Vilás. - *La guerra europea.* - *Notas de La Granja y Barcelona.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se hacen cálculos y se emiten conjeturas acerca de lo que puede durar todavía lo que ya nadie llama «conflagración», porque el vocablo se ha gastado a fuerza de uso, obsérvese la impresión general de que, como dijo el cura tartamudo al ver que su acólito era tartamudo también, «tenemos misa para un año».

¡Y para más de un año!, afirman los mejor enterados de estas cosas. Por lo que aparece al exterior, para los que ni estamos en los altos secretos, ni conocemos sino para servirles a los jefes de los Estados que se dedican a romperse la crisma concienzudamente, este es un problema de tiempo, de agotamiento, de cansancio. Y el cansancio no se deja ver por ninguna parte. Se acabaron aquellos antiguos fenómenos de desaliento y descontento en las tropas. Mueren como moscas si es preciso - y es preciso muy a menudo - pero conservan el aliento, el ánimo, el sosiego ante las más horribles hecatombes. De modo que hay que descartar del cálculo de probabilidades la idea de un desfallecimiento de la voluntad en los ejércitos. Dijérase que hacen esta guerra hombres de cemento armado, que no pueden sentir las debilidades y flaquezas que a veces sintieron los más heroicos.

Se solía decir que nuestra época había descendido en temple de alma; que los héroes eran productos de otros tiempos y días, y yo creo, y la historia lo consignará también, que nunca se ha desplegado tanta fuerza psíquica, tanto empuje moral, además del material, como en esta lucha. La humanidad, es mi humilde opinión, saldrá de ella engrandecida y fortificada, y todo aquello de la molición, del bizantinismo, del «fin de siglo», de las «menguadas edades», quedará desmentido del modo más brillante, y también, ¡ay! más doloroso.

A costa de qué sufrimientos y sacrificios se han erigido en «profesores de energía» los varones, y hasta las hembras, de este momento cruel, eso no lo sabemos todavía; pero ya llegará la hora de que se sepa y se recuente y sea asombro de las venideras generaciones. Y parecerán increíbles tantos dolores, tanta ruina y estrago, y más increíble aun tanto aguante, o que, por lo menos, la queja haya sido como algo aislado y sordo - excepto tal vez por lo que a Bélgica se refiere -.

Y aun Bélgica no ha exagerado sus males; pero, en medio de la deshumanización general, de la férrea impassibilidad de otros pueblos, ha parecido la única plañidera. Ha hecho Bélgica algo que encuentro natural: ha querido siquiera ser compadecida: ha preguntado cuál fué su delito, para castigo tan duro. Y como los demás no preguntan y se encierran en una flema estoica, por eso he dicho que Bélgica se diferencia del resto de los que danzan en la lucha.

Bien puede afirmarse que la doctrina del estoicismo, antigua como el mundo en la práctica, aun cuando no lo sea en las aulas filosóficas, es la que hoy anima y sostiene a las masas de hombres que no han oído ni nombrar a los estoicos griegos. El resorte interior que, según algunos moralistas, ha sostenido al mundo, y le ha hecho caminar, el estoicismo, ha revelado, en estos años verdaderamente trágicos, su vigor.

El estoico, es decir, el que aplicaba la doctrina además de profesarla, era sin duda superior a los acontecimientos, a las miserias, a las limitaciones de la humana vida. Sin sospecha de tal sistema filosófico, el indio amarrado al poste de la tortura y soportando silencioso y arrogante los martirios más refinados, fué sin duda un estoico práctico, y no solamente lo fué, sino que lo fué con orgullo, porque el estoicismo se enseñaba como una virtud y excelencia del guerrero, y era acaso más hermoso sufrir despreciando el dolor, que combatir y vencer.

Por eso hubo quien confundió a los primeros cristianos con los estoicos, y los creyó afiliados a esa secta. Aquella increíble resistencia para sufrir, aquella paciencia inagotable, se la atribuían a las enseñanzas de Zenón de Chipre, sin ver las grandes

diferencias que existen entre ambas doctrinas. Mientras Jesús, en medio de un sudor de sangre, acepta la muerte ignominiosa y fiera por redimir a los humanos, Zenón, fundador del estoicismo, llegado a la vejez, se suicida por considerarse inútil a sí mismo y a los demás.

A falta, sin embargo, de la superior concepción del cristianismo, el estoicismo, y bien lo vemos ahora en la práctica, puede dar a la humanidad un temple de acero. Con el cristianismo llevado a sus últimas consecuencias, no hubiese habido guerras tan atroces; con el estoicismo, que se ha erigido en dogma, sépanlo o no los combatientes, la guerra, por lo menos, está revestida de una gran dignidad.

Sería curioso consultar acerca de este conflicto sin ejemplo ni precedentes a un estoico pensador, como el emperador Marco Aurelio. ¿Qué diría? No podría aconsejar la calma, la serenidad absoluta frente a los acontecimientos, porque vería, tal vez con asombro, aplicada ya esta doctrina, por doquier, donde los ejércitos han sentado, no sus reales, sino sus trincheras. Vería una calma tan profunda, que casi llega a ser incomprendible. Calma ante las privaciones; ante el frío; ante la miseria; ante la vida sin hogar, sin dulzura, sin amor; calma ante las heridas espantosas, las mutilaciones bárbaras, las enfermedades que debilitan el cuerpo, los proyectiles que explotan, los gases que asfixian, las aeronaves que siembran destrucción, la falta absoluta de libertad, la sujeción estricta a la disciplina, la incomodidad; calma ante el incendio, ante la pérdida de la casa que amábamos y que atesoraba los recuerdos de los antepasados y los propios; calma ante la iglesia donde se rezaba y que es pasto del fuego; calma ante la ciudad arruinada, devastada, convertida en montón de cenizas; calma ante la desaparición inexplicable «sin huellas» de seres queridos, de los cuales no se vuelve a tener noticia; calma ante las lágrimas de las madres, ante la idea de los hijos abandonados...; calma, en fin, ante la hipótesis de una derrota final, una de las contingencias del porvenir. Y cuanto se hace y cuanto sucede, lleva el grave sello de esa misma calma: en calma se hunden los navíos, en calma se amontonan ingentes moles de cadáveres. No se escucha ese furioso y hondo griterío de las muchedumbres enloquecidas de terror; no por cierto. Lo que se oye y ve, es la frialdad, tesón, resolución, voluntaria y recia, no desesperada. Lo que se ve, es la tensión estoica.

Y no lo digo sólo por una o dos de las naciones en lucha. Todas, con las diferencias más externas que hondas de su temperamento nacional, muestran esta misma firme determinación de agotar el esfuerzo sin decaer un minuto. Y eso es lo que no permite, ni aun como conjetura, adelantar nada acerca del resultado de la guerra europea... ¡Nada!

Y nosotros, que por bondad divina no estamos enzarzados hasta hoy con nadie, sino con los moritos, a quienes de vez en cuando hay que machacar las liendres (y que no son, por cierto, enemigos despreciables, aunque no se presenten con aparato bélico todos los días, o acaso por lo mismo, por lo crónico y traicionero de su resistencia) nosotros, digo, que miramos los toros de Europa desde la barrera, quizás seamos los únicos que ante la tragedia interminable sentimos impaciencias y terrores y diéramos más de un doblón, no por *describilla*, sino por verla terminada.

Sus consecuencias no cejan de afectarnos. La herida económica, también nosotros la sentimos. Verdad que hay quien se enriquece por la guerra; pero más serán los que se arruinen. La teoría de aquel emperador de quien hablé hace un momento, Marco Aurelio el estoico, que afirmaba que toda acción humana tenía transcendencia para todos los hombres, se demuestra con el hecho de que ciudades españolas enteras vean aniquilado su comercio, enfermas sus modestas industrias, porque las grandes naciones anden a la greña.

Oís repetir, a cada paso: «El pueblo de tal está muerto... La ciudad de cual está sin vida... No hay quien monte una industria... Se ha paralizado todo...» ¿A qué atribuirlo? A la guerra, por lo menos en gran parte, tiene que ser.

Carestía en los artículos, algunos de primera necesidad; amén de carestía, escasez, y hasta falta absoluta; retraimiento en los compradores - y no el que pudiera suponer - dadas las circunstancias, pues se sigue gastando alegremente en muchos conceptos, y no se ha exagerado esa economía que es como medida preventiva en las horas críticas... Tal es la situación poco halagüeña a que la guerra, con su prolongación, nos ha conducido.

Y no quiero ni mentar las alarmas que, periódicamente, nos obligan a enderezar la oreja...

He tenido ocasión de notarlo varias veces: no por eso disminuye el buen humor; sí, el buen humor. En un gráfico acabo de ver cómo los soldados franceses, en la región de Verdún, fusil al hombro, de pie, asisten a una representación teatral, al aire libre, organizada por ellos mismos. Y a fe que hacen bien los jefes en permitirles estos solaces. En la guerra de Cuba, los hombres que formaban una columna necesitaban, si eran de ciertas regiones españolas, llevar guitarras. Al rasguelas, en los improvisados campamentos, recobraban el buen humor, la canción subía a sus labios, y ni se acordaban de las fatigas ni de las escaseces ni mucho menos de los peligros. El tedio es una enfermedad del espíritu, y al espíritu hay que conservarlo sano y animoso, a toda costa, en estos casos extremos.

Tan necesaria como la ambulancia y el botiquín, y tratándose de españoles, raza muy impresionable, es la guitarra. A otros pueblos les hace falta su gaita guerrera, e Inglaterra no se la ha negado jamás a sus tropas de Escocia, que la miran como a un numen.

Hay que respetar el alma de los pueblos; no hay que oprimirla demasiado, ¡porque estallará! Ved, por ejemplo a Irlanda Yo he escuchado decir (¡qué será lo que no se diga en este mundo!) al emitirse la hipótesis de que un pueblo fuerte se apodera, por violencia o engaño, de algunas regiones hermosas que son adorno de España, que no debiera temerse la contingencia, ya que entonces esas regiones estarían mejor gobernadas, atendidas, y ganarían infinito con su servidumbre anexional. Irlanda pudo pensar lo mismo, pero es evidente que sólo aspira a su independencia, que no ha aceptado ni un instante la adhesión. Su lucha por la libertad patriótica y religiosa es bien antigua, y no hay que decir si encarnizada; sus padecimientos, horribles; la *Isla verde* ha sido siempre un pueblo mártir. Desde las proscripciones del siglo XVIII, Irlanda sostiene una pelea incesante; un ansia de independencia la tortura. En vano Inglaterra ahoga en sangre los conatos de rebelión, que muchas veces han pasado de conatos y llegado a las proporciones formidables de un alzamiento general, como en la memorable ocasión de los «corazones de roble»; en vano Inglaterra emplea tan pronto el soborno como la horca, para someter a los «niños blancos» que no acaban de aceptar el yugo. Después de las recientes e implacables ejecuciones, siguen alzándose los irlandeses en armas, acudiendo en ayuda de sus hermanos presos, amenazando a los trenes, y manteniendo en Inglaterra la inquietud que causa todo desorden interior cuando existe guerra al exterior.

Yo no sé si les pasará a los demás lo que me pasa a mí. En esta contienda, que no es de dos naciones, sino de muchas, hay, en ambos bandos, pueblos que me interesan, y a los cuales desearía todo bien. Tal me sucede, desde luego, con Francia de la cual soy grande amiga, y tal con Bélgica; y hasta aquí no hay cuestión; pero cátese aquí que lo mismo me ocurre con Irlanda y Polonia, y aquí empezamos a no saber a qué carta quedarnos. Si triunfa Inglaterra, ¡ay de la misera Hibernia! ¡Dios sabe lo que la amenaza, en caso de que el formidable poder inglés se afirme ya indestructiblemente en el planeta, por la victoria de los aliados!

Lo extraño sería que, luchando tantas naciones, nos inspirasen todas las de un bando igual simpatía. Doy el caso por imposible. El novelista que, bajo el seudónimo, o que seudónimo parece, de Capitán Danrit, escribió *La Guerra fatal*, la supuso estallando entre Inglaterra y Francia. Y no sería imposible ni raro que tal hubiese sido la marcha de los acontecimientos. Tomaron otro giro, e Inglaterra (con su cuenta y razón, por supuesto) se alió a Francia.

Ello es que los irlandeses me inspiran una simpatía que puede explicarse por la identidad de creencias y hasta las afinidades raciales. Erin se parece a Galicia, y sus primitivos pobladores, según la afirmación de sus bardos, de España vinieron.

Y pienso en esa *Isla verde*, condenada al llanto y a la opresión, desde siglos...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

CON PALMA, POR FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Calderé



Calma, que ya llegamos al periódico de mis ilusiones

Doña Matilde. — Señora de unos cincuenta años. Es pesimista y gruñona.

D. Leandro. — Hombre gordo, risueño y bonachón. Es optimista a prueba de amarguras y desengaños. Su mayor pasión es la música.

Nieves. — Hija de ambos antes citados. Veinticuatro años. Es bella y buena. Habla siempre con la sonrisa en los labios: una sonrisa triste y resignada.

Pepín, diez años, y Fifi, doce años, hermanos de Nieves.

Patro. — Oficiala del pequeño taller de confección de sombreros que Nieves ha establecido en su casa. Dieciocho años, madrileña de pura cepa, alegre y revoltosa.

Falta un cuarto para las doce horas de un día de verano luminoso y ardiente. En la calle el sol parece que dora las piedras del arroyo, las baldosas de las aceras, las paredes de los edificios. Hay una quietud solemne sólo turbada por el gorjeo de un canario o por algún pregón de flores que parece un canto litúrgico. La sala donde Nieves trabaja tiene dos rejas casi al nivel de la calle, que están llenas de tiestos con toda la flora verbenera. Las persianas están medio corridas. En la habitación se oye único el ruido de la Singer en la que Nieves cose una caprichosa gorrita de verano. Doña Matilde aplica unos paraísos negros a una capota de seda y gasa. De cuando en cuando suspiran, cansadas. Súbitamente entra Patro, que viene de entregar. Sofocada por el calor, tira el pañuelo de crespón sobre una silla, deja en otra la sombrerera y se abanica con rapidez.

PATRO. — ¡Jesús, qué calor! ¡Al fin estoy aquí!

NIEVES. — ¿Qué dicen las parroquianas?

PATRO. — Las parroquianas son unas posmas. Las de Cerenín dicen que el sombrero lo quieren con el lazo verde lechuga.

NIEVES. — ¡Vaya por Dios!

DOÑA MATILDE. — ¿Y las del Río?

PATRO. — Esas quieren que además de las plumas les pongamos en los sombreros unas mandarinas. Ya podían encargar los sombreros en las fruterías.

NIEVES. — ¡Qué cargantes! ¿Y de dinero?

PATRO. — ¿De dinero? ¡Que se acuestan anocheció!

DOÑA MATILDE. — ¿Y eso que tiene que ver para pagar?

PATRO. — Ya saben *ustés* que es mi modo de hablar. Quiero decir que de dinero, ¡las ganas! Tres deudas tenemos en el 7 de la calle de Toledo. Pues bien: la del principal dice que no paga hasta que no pague la del segundo...

DOÑA MATILDE. — ¿Y la del segundo?

PATRO. — Hasta que paguen las del tercero. La ley del ascenso. ¡*Naa*, que voy a tener que entrar a cobrar por el tejao!

NIEVES. — ¡Ja, ja, qué salidas tienes, Patro!

DOÑA MATILDE (*indignada*). — ¡Esto no se puede resistir! ¿Y para qué encargarán nada, señor? (*Se retira refunfuñando.*)

PATRO (*con sigilo*). — Tome usted, señorita Nieves.

NIEVES. — ¡Otra carta! ¿Y de quién?

PATRO. — ¿De quién ha de ser? Del señorito Enrique, que está por usted como *pa* leerle la Epístola.

NIEVES. — ¡Qué cosas dices!

PATRO. — *Pa* decir cosas el señorito Enrique: *pa* que las guarda en cilindro como los fonógrafos. ¿Qué la lee o no?

NIEVES. — Ya, ya voy, mujer; me pones nerviosa. (*Lee la carta despacio con delectación.*)

PATRO. — ¿Tuve o no razón al decirle que iba a gustarle la carta?.. ¿Le dirá usted que sí?.. ¿Será usted buena? ¿Qué me dice?..

NIEVES. — Nada. Mi contestación a esta carta será como a todas las de mis pretendientes: un no rotundo, categórico; que no pueda dejar ni el menor resquicio a esperanza alguna.

PATRO (*muy efusiva*). — Pero Nieves, señorita Nieves, ¿tan antipático le ha sido D. Enrique?

NIEVES. — Todo lo contrario. Puedo casi asegurarte que le quiero. Es un hombre honrado, de corazón, de los que aman a las mujeres por sus dotes personales. Pero yo no podré casarme nunca; ¡si no ha de faltarles el pan a mis padres ancianos, a mis dos hermanitos... ¡Bah, por ahora no estoy loca! (*Ríe al parecer contenta.*)

PATRO. — ¿Y aun está usted alegre?

NIEVES. — ¿Y por qué no? Si con mi trabajo consigo el sostén de la casa, alegre, muy alegre debo estar.

PATRO. — ¿Y si su padre se colocara?

NIEVES. — Entonces ya sería otra cosa. Pero ¿quién se fía ya de promesas? Los amigos de ahora ya no son los mismos de antes, *aunque sean los mismos*. Mi padre sacrificó mucho a la política. Fué periodista y por sus valientes campañas padeció persecución de la justicia. Se empeñó en rendir culto a la verdad y en poco tiempo se vió solo, completamente solo. ¡Ah, si él hubiera querido enriquecerse y ocupar altos cargos! Pero es un modelo en su clase y esto le ha perdido.

PATRO. — Pues él no parece muy apurado por la situación de la casa: siempre está cantando y con ganas de broma y de chiste.

NIEVES. — Si así lo crees piensas mal. Tú que eres barriobajera, ¿no conoces el refrán chulapo que dice

«Cuando el español canta, o el juicio le falta o no tiene el puchero puesto»? Pues así le ocurre a mi padre. Su alegría es sólo la máscara de su dolor. Si no fuera por su buen humor y el único amigo que le ha permanecido fiel...

PATRO. — ¿Quién, señorita Nieves?

NIEVES (*señalando a un viejo violín que hay colgado en la pared*). — ¡Ese! El compañero de sus ocios y de sus tristezas. Su *consolatrix afflictorum*, como él dice.

PATRO. — Entonces, señorita Nieves, como no le coloquen a su papá esta vez en la que ha puesto todas sus esperanzas, se va usted a quedar...

NIEVES. — Ibas a decir bien: para vestir imágenes.

Doña Matilde entra secándose una lágrima, porque ha oído toda la conversación. Después en silencio coloca sobre la mesa un mantel remendado y limpio y varios platos y cubiertos. Por fin se sienta pensativa y busca una sentencia en su libro de meditaciones que sirva de consolación para su alma dolorida. Dan las doce en el viejo reloj de pared y unos minutos luego entran alegres y saltarines Pepín y Fifi, que vienen del colegio y llenan el hogar de risas y de cantos. Doña Matilde olvida sus amarguras un momento. Nieves los contempla maternal. Y ellos ríen y ríen, porque no han pretendido descifrar su porvenir.

Se oye en el pasillo de la casa una voz de sochantre que pretende cantar un trozo de *Tosca*.

NIEVES. — ¡Vaya, ahí está papá.

DOÑA MATILDE. — El Wáagner de la casa. (*Al verle entrar.*) ¿Te parecen horas de venir? ¿Has tomado la casa por un apeadero?

D. LEANDRO. — Cállate. Traigo unas nuevas superiores.

DOÑA MATILDE (*con ansiedad*). — ¿Has estado en el periódico?

NIEVES. — ¿Te han recibido?

DOÑA MATILDE. — ¿Has hablado con el director?

D. LEANDRO. — Toda la furia del huracán — el huracán es mi mujer — derrumbada por el suelo. ¿Qué he hecho? Vais a saberlo. Lo primero que hice fué ir al relevo de la guardia de Palacio.

DOÑA MATILDE. — ¡Hombre, bien!

D. LEANDRO. — Por la música, nada más. La parada es un espectáculo instructivo.

PATRO. — Y que no cuesta dinero.

NIEVES. — ¡Acabarás, papá!

D. LEANDRO. — Calma, que ya llegamos al periódico de mis ilusiones. Entro, subo, esperando hallar las caras de vinagre acostumbradas, y cuál no sería mi sorpresa al ver que todos me saludan y me llaman su antiguo compañero.

DOÑA MATILDE. — ¡Rara avis!

D. LEANDRO. — Eso pensé yo, hasta que uno me dijo: «El señor director le aguarda en su despacho.»

NIEVES. — ¿Es posible?

DOÑA MATILDE. — ¿No nos engañas?

D. LEANDRO. — ¡Asombraos! El director me recibió, me dió la mano y me dijo: «Sé su situación; le reservaremos un buen puesto, usted es un periodista honorable y digno de mejor suerte. Y tomó nota de mí, poniendo debajo: «T. P.» que quiere decir «Téngase presente.»

PATRO. — A ver si quiso decir «Tenga paciencia».

D. LEANDRO. — Quizás tengas razón... Y aquí me tenéis.

DOÑA MATILDE. — ¿Y es eso todo?

D. LEANDRO. — ¿Te parece poco?

DOÑA MATILDE. — Promesas y nada más.

D. LEANDRO. — No seas pesimista, mujer.

DOÑA MATILDE. — ¡Ojalá tengas razón!

D. LEANDRO. — ¿Y Pepín y Fifi? ¿Y mis dos ángeles de Murillo?

Los niños al oír la voz del padre salen, le besan efusivos y luego se sientan a la mesa.

DOÑA MATILDE (con ironía). — A tus dos ángeles para ser tan ideales como los de Murillo no les falta más que una cosa.

D. LEANDRO. — ¿Cuál?

DOÑA MATILDE. — No comer.

D. LEANDRO. — Dale, morena... Y a propósito de comer: ¿se come o no?

DOÑA MATILDE. — ¡Sí, hombre! Y tú, Patro, quédate con nosotros.

PATRO. — Como usted guste.

D. LEANDRO (al ver sacar la fuente con la comida). — ¡Oye, Matilde! ¿Qué tenemos?

DOÑA MATILDE. — ¡Estofado!

D. LEANDRO. — ¿Estofado?

DOÑA MATILDE. — El plato del día.

D. LEANDRO. — Y el de todos los días. Nieves: a tu madre va a haber que comprarla un libro de cocina.

NIEVES. — ¿Para qué?

D. LEANDRO. — Para que no se equivoque.

DOÑA MATILDE. — Crítica, crítica todavía. ¡Ay, si tú fueras a la compra y te dieran catorce reales para el arreglo de cinco personas ya veríamos lo que nos dabas de comer!

D. LEANDRO. — ¡Cañamones en salsa!.. En fin, comamos el estofado de la pobreza con la resignación de la honradez.

DOÑA MATILDE. — De nada de eso necesitábamos si hubieras sido otro hombre.

D. LEANDRO. — Bueno, mujer, no me lo repitas más. Esta conversación me sabe ya a estofado: todos los días la tenemos en la mesa. Que soy pobre, ya lo sé. Pero si el hacerme rico había de ser a costa de traiciones, de apostasias, de manchar mi conciencia

prefiero ser pobre. Digamos con Francisco I: Todo se ha perdido menos el honor...

DOÑA MATILDE. — Menos el honor... y la vida. Así aseguran algunos historiadores que dijo su real majestad. Lo cual quiere decir que hay que dar algo

na. Dentro se oye gemir el viejo violín. Pasan las horas. Cae la tarde.

Con la frescura del crepúsculo se llena la calle de gente y llega hasta la sala un rumor de vida del que se desprenden los oles y vayas de los mozos a las mo-

citas del barrio. La habitación comienza a sumirse en la penumbra vespertina. Doña Matilde, fatigada por el trabajo, se ha dormido sobre la costura.

PATRO (dejando la labor). — Ya no se ve.

NIEVES. — Puedes irte.

PATRO (titubeando antes de marcharse). — Bien, señorita Nieves ¿qué le digo?

NIEVES (como tratando de borrar una alucinación, se pasa la mano por los ojos). — Nada..., no puede ser...

PATRO. — La entrarán con palma...

NIEVES (con risueña resignación). — ¡Como a los ángeles!

PATRO (con veneración). — No..., ¡como a los mártires!

Las dos amigas se abrazan. Fuera, en la calma de la noche de verano voces infantiles cantan un romance de encantadora sencillez:

«¡Pobrecito padre!
ya va siendo viejo,
ganarlo no puede
para sus pequeños...»

NOTAS DE ARTE

Reproducimos en el presente número algunas de las últimas obras del escultor Sr. Coullaut Valera, así como varias de las que actualmente tienen expuestas en las Galerías Layetanas de esta ciudad los pintores Darío Vilás y J. J. Kowalski.

La obra del ilustre artista Sr. Coullaut Valera es bien conocida de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, pues en nuestras páginas hemos reproducido, aparte de otras esculturas suyas, los principales monumentos por él ejecutados, entre los cuales recordamos el de Gustavo Adolfo Bécquer, el de Campoamor, el de los Chispeos y últimamente el de Cervantes, esta genial composición que, además de haber sido premiada por el Jurado en referido concurso, ha merecido el entusiasmo

del público y los laudatorios conceptos de la crítica.

Las esculturas que hoy reproducimos son una nueva demostración de la diversidad de aptitudes del artista, que no sólo es maestro en el arte monumental sino que también domina ese género escultórico en el que han de prevalecer la delicadeza, la elegancia, la suavidad de líneas y contornos. Lo mismo *Sevillana*, que *Extasis*, que el *Busto de niña* son un portento de gracia y de expresión y en los menores detalles de su factura patentizan el buen gusto y la habilidad técnica de quien tan admirablemente los ha modelado.

Darío Vilás es un artista que siente la naturaleza y sabe reproducirla en sus pinturas con una seriedad y una sobriedad merecedoras de los mayores elogios. Las composiciones decorativas que en la página 464 reproducimos y que están destinadas a adornar el comedor del acaudalado propietario mallorquín D. Juan March, son prueba de ello, advirtiéndose en todas el talento y la mano de un pintor que rinde culto al verdadero arte huyendo de todo efectismo y de todo recurso que no se ajuste a los altos cánones estéticos.

En el número 1777 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducimos algunos de los cuadros que el pintor polaco J. J. Kowalski expuso, por aquel entonces, en Madrid, y explicamos cómo este artista, que en París adquirió fama mundial, después de haber recorrido la mayor de los países europeos, ha visitado detenidamente España trasladando al lienzo los más pintorescos paisajes de nuestras más bellas comarcas. En la actualidad, el notable artista expone varios cuadros en las Galerías Layetanas de nuestra ciudad y en ellos hemos podido apreciar la justicia de los elogios que le dedicó la prensa matritense. Las obras de Kowalski, algunas de las cuales reproducimos en la página 465 se caracterizan por la firmeza y la solidez de su dibujo, por la brillantez y el vigor de su colorido y por la intensidad de la impresión personal que en ellos ha puesto el autor.



Picador veterano, cuadro de J. J. Kowalski que figura en la exposición de obras de este pintor que actualmente se celebra en las Galerías Layetanas de esta ciudad. (Fotografía de F. Serra.)

de importancia a la vida. (Suenan la campanilla.) ¡Calla, han llamado!

PATRO. — Iré a ver. (Sale y a poco vuelve con una carta). Un groom con esta carta, D. Leandro.

D. LEANDRO. — ¿Espera contestación?

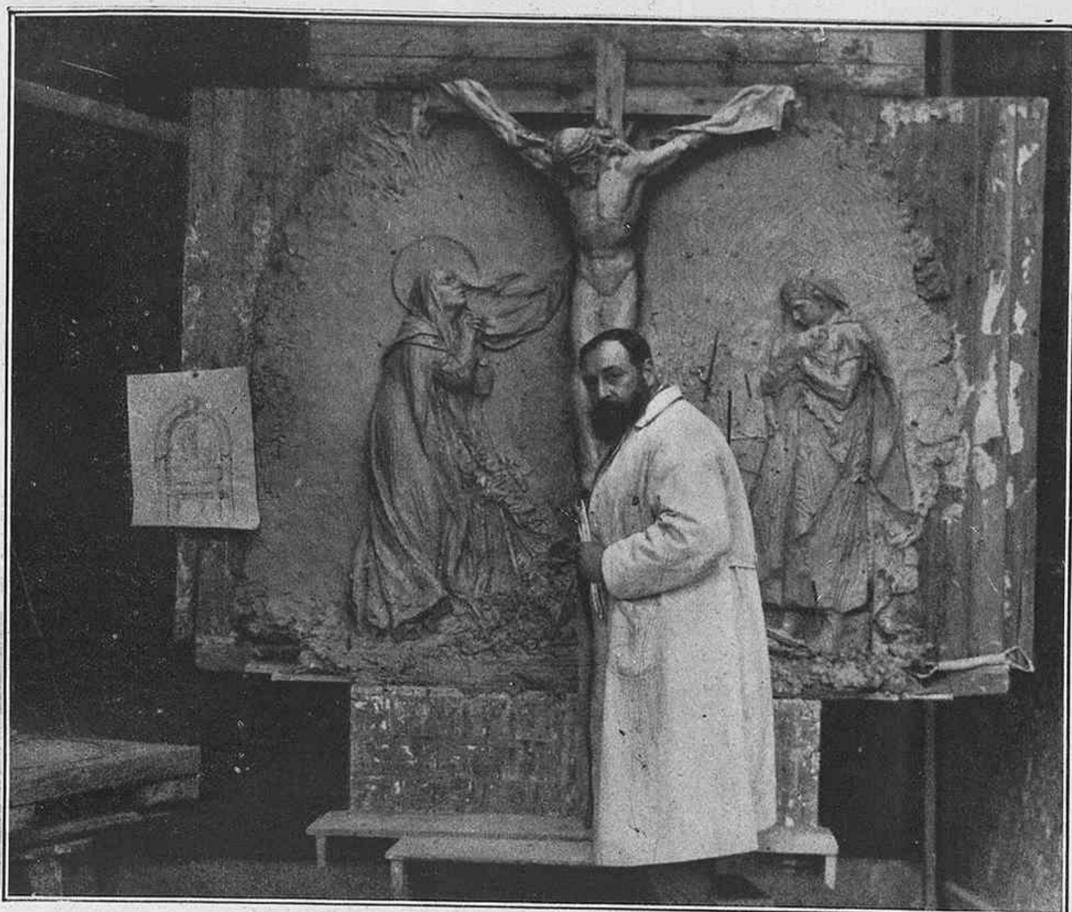
PATRO. — No; se ha marchado.

(Leandro abre la carta y lee para sí. A medida que va leyendo palidece.)

DOÑA MATILDE (alarmada). — ¡Qué te pasa! ¿Qué quiere decir eso?..

D. LEANDRO. — Esto quiere decir que por fin triunfaste, mujer fatalista. Tenías razón: la honradez, la fidelidad, el saber, el espíritu de sacrificio no se pagan en este siglo de egoísmos. En el lugar que me tenían reservado entra hoy un ahijado político del jefe que ampara el periódico. Según me notifican, es un bárbaro que dice que el Ebro nace en Valencia y que Carlos IV armó la Invencible, pero tiene más aldabas que yo. En cuanto a mí me desechan... por mis años. Ya lo sabes tú, Matilde, ya lo sabéis vosotros, hijos míos: soy viejo y no sirvo para nada, para nada... (Se levanta de la silla y se retira malhumorado.)

Los chicos se van al colegio cantando y riendo siempre. Patro, Doña Matilde y Nieves trabajan sin descanso, con actividad febril, como si quisieran con la actividad de sus labores olvidar la triste esce-



El Sr. Coullaut Valera en su estudio



Busto en mármol de una niña



Sevillana, escultura en mármol,
vista de frente



Extasis, escultura en mármol

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Sevillana, escultura en mármol,
vista de espaldas

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Branger)



Los aliados en Salónica. - Los contingentes serbios desfilando ante el general Sarrail y los oficiales aliados después de haber sido revistados. - El general Sarrail y los oficiales aliados presenciando el desfile de los contingentes serbios después de la revista

Teatro de la guerra de Occidente. - El mal tiempo y la necesidad de consolidar las posiciones conquistadas y de preparar un nuevo avance han sido causas de una suspensión relativa de la ofensiva inglesa; a su vez los franceses han tenido que disminuir la suya a fin de no alejarse demasiado de la línea de sus aliados y de no perder el contacto con ella.

Los ingleses han tomado algunos reductos en las cercanías de Owillers y el pueblo de Fricourt, haciendo algunos progresos al Este del mismo; han rechazado ataques en los alrededores de La Boisselle, en donde los alemanes, sin embargo, consiguieron recobrar parte de las trincheras perdidas; han rechazado un intento de avance cerca de Armentières; han evacuado parte de las posiciones conquistadas al Sur de Thiepval, pero luego han avanzado ligeramente en este sector, rechazando varios contraataques; han tomado una nueva trinchera al Este de La Boisselle, en un frente de unas 1.000 yardas; han logrado algunos importantes éxitos tácticos en Owillers, La Boisselle y Contalmaison; se han apoderado de este último pueblo, que luego han tenido que evacuar; han ocupado al Sur de Thiepval la fuerte posición denominada reducto de Léipzig; en La Boisselle han adelantado su línea más allá de un laberinto de trincheras en un frente de 2.000 yardas y en una profundidad de 500; han ocupado el bosque de Trones y han rechazado varios contraataques intentados por los alemanes para recuperar las posiciones perdidas.

Los franceses han ocupado Feuillères y Assevillers, conquistando la posición alemana al Sur de este último; Buscourt, Flancourt, los bosques entre Assevillers y Barleux, Belloy en Santerre, Hem, la granja de Monacu, Estrées, la alquería de Hermon, un bosquecillo a la salida Nordeste de Hem, y Hardecourt; han ocupado totalmente las posiciones alemanas en un frente de más de cinco kilómetros de trincheras enemigas de segunda línea desde el bosque de Marancourt hasta las cercanías de Assevillers; se han apoderado de las pendientes meridionales de la eminencia situada al Norte de Curlu y de la segunda posición alemana al Este de este pueblo, en un frente de dos kilómetros; han progresado al Este de Estrées; han rechazado varios ataques y contraataques contra Belloy en Santerre, las nuevas líneas al Norte de Hem y las posiciones entre Estrées y Belloy; han perdido dos bosquecillos al Norte de Hem; han tomado las posiciones alemanas entre el Somme y el Norte de Belloy en una profundidad de uno o dos kilómetros; y se han apoderado del pueblo de Biaches.

Los alemanes, al Sur del Somme, han retirado a una segunda posición la división que anteriormente habían retirado a la posición de defensa; han rechazado numerosos ataques a ambos lados de aquel río, así como al Noroeste de Iprés, al Oeste de La Bassée y al Sudoeste de Lens; han evacuado las posiciones y poblaciones que, como dejamos dicho, han ocupado ingleses y franceses; han penetrado en las trincheras inglesas de aprovisionamiento al Oeste y al Sudoeste de Armentières, yendo a parar a las trincheras francesas; y han recha-

zado ataques en el frente del bosque de Owillers, en Mametz y a ambos lados de Hardecourt.

En el frente de Verdún, en la orilla derecha del Mosa, los franceses han avanzado algo al Sudeste del bosque de Fumín, expulsando al enemigo de algunos elementos de trinchera al Noroeste de la batería de Damloup; han rechazado ataques en la región al Noroeste de Thiaumont, pero han perdido la obra de defensa de este nombre; y han perdido asimismo algunos elementos avanzados en la región del fuerte de Thiaumont, pero un contraataque les ha permitido restablecer por completo su línea.

En la orilla izquierda, han rechazado ataques contra las pendientes meridionales de Mort-Homme.

Entre el Oise y el Aisne han penetrado en las primeras trincheras alemanas y hasta en las de apoyo, y han hecho fracasar un golpe de mano contra las trincheras cerca de Moulin-sous-Toutvent.

luego obligaron al enemigo a replegarse; han contenido la ofensiva alemana entre el Styr y el Stochod; han tomado un reducto al Noroeste de la estación de Czartorisk; han hecho retroceder a las fuerzas enemigas que habían atravesado el Styr, aguas abajo de la desembocadura del Lipa; han tomado varios pueblos en el sector de Czartorisk y dos en el del río Stochod; han desalojado al enemigo de sus posiciones al Sur de Nobeil, a orillas del Pripet; en la región del Lipa inferior, a mitad del camino entre Dubno y Sokul, han roto la resistencia del adversario, rechazándolo hacia el Oeste; han tomado las primeras líneas enemigas al Oeste de Kolki; han rechazado ataques en la región de Issadoff, en la orilla derecha del Dniéster; han tomado algunas posiciones en la región de Kolomea, y el pueblo de Sadzavka en el camino de Kolomea a Delatyn; han rechazado violentos ataques entre Delatyn y Korosmezo; y han rechazado una enérgica ofensiva al Oeste del pueblo de Kimpolung.

Los austroalemanes han rechazado ataques entre Postavi y Vischnen (Sudeste de Riga), al Norte y al Este de Smorgon en el frente del lago Narotsch, contra el frente de Zirín, al Norte y al Este de Grodischtchi, a ambos lados del ferrocarril de Baranovitchi a Snow, al Noroeste de Baranovitchi, al Sudeste de Tlumacz, en el Stochod, al Oeste de Buczacz, entre Deliatyn y Sadzavka, y al Oeste de Kolomea; al Sudeste de Tlumacz, han empujado al enemigo en un frente de 20 kilómetros por 10 de profundidad; han rechazado a las fuerzas rusas que habían pasado el Styr al Oeste de Kolki; han recobrado al Norte de esta población las líneas avanzadas que habían perdido; han ganado terreno en la zona de Luzk; han desalojado a los rusos que habían penetrado en las posiciones al Oeste de Buczacz; al Sudeste de esta población han recuperado el frente sobre el arroyo de Koropiec; y han arrojado a los rusos en el valle del alto Moldava (Bukovina), cruzando este río cerca de Breaza. En cambio, han desalojado el saliente que se dirige hacia Czartorisk, ocupando otra línea de defensa que se extiende a ambos lados de Sokul y contra la cual se



París. En el patio de los Inválidos. - El general Cousin entregando a la esposa del comandante Raynal, el defensor del fuerte de Vaux actualmente prisionero en Maguncia, la cruz de comendador de la Legión de Honor otorgada a su marido por la heroica defensa de aquel fuerte. El Kronprinz, comandante general de los ejércitos alemanes que operan ante Verdún, después de haber comunicado al comandante Raynal que el gobierno francés le había otorgado aquella preciada condecoración, le autorizó para conservar su espada y sus condecoraciones como testimonio de admiración por el heroísmo con que había defendido el fuerte de Vaux.

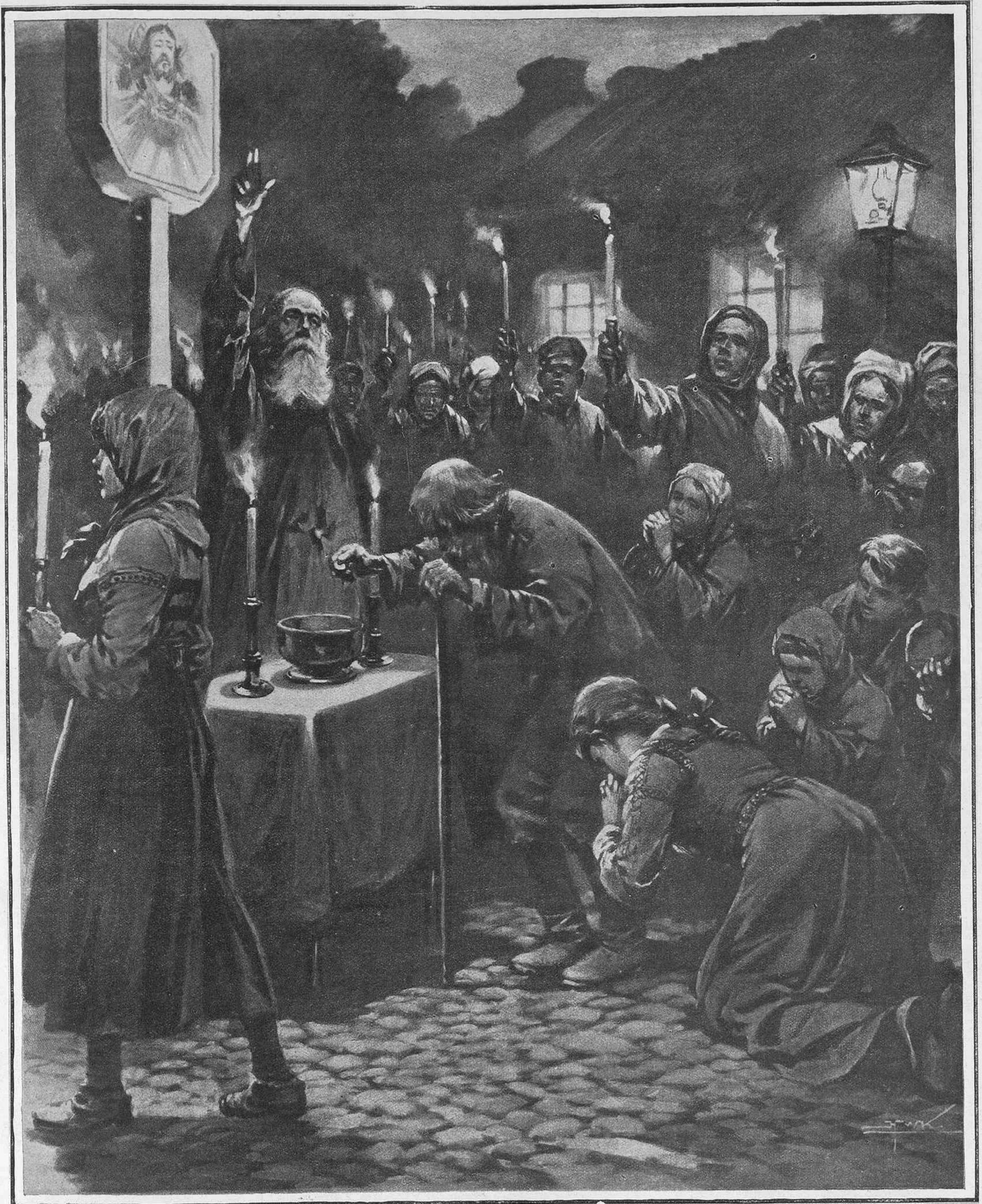
Los alemanes se han apoderado de la batería de Damloup y han rechazado ataques contra ésta, contra el fuerte de Thiaumont, contra la altura de Terre Froide y contra el bosque situado al Sudoeste del fuerte de Vaux.

Teatro de la guerra de Oriente. - Los rusos, en la región de Riga, han desalojado a los alemanes de los linderos del bosque de Gutschki, pero atacados luego por los alemanes se han replegado sobre sus antiguas posiciones; han tomado algunas posiciones al Norte de Smorgon; han rechazado ataques en la dirección de Barnitch, en el Dvina; al Sudoeste del lago Narotsch, han ocupado algunas trincheras, parte de las cuales hubieron de abandonar después; se han apoderado del pueblo de Ekimovitchi, al Noroeste de Baranovitchi; han rechazado ataques al Oeste y al Noroeste de esta última población, apoderándose en diversos puntos de la primera línea de defensa del adversario, y si bien al Este hubieron de retroceder algo,

han estrellado los ataques rusos; y al Sur del Dniéster, a consecuencia de haber logrado los rusos penetrar en sus posiciones de Sadrawk, han ocupado otras posiciones preparadas de antemano en una extensión de tres kilómetros y 35.000 pasos más al Oeste.

Italianos y austriacos. - Los italianos han ocupado varias posiciones en el valle del Posina, en la cuenca del alto Astico, en las mesetas de Assiagio y Sette Comuni, en los valles del Adigio y Campelle, y en el Carso, en el sector de Montfalcone; y han rechazado con éxito numerosos ataques y contraataques.

Los austriacos, según sus partes oficiales, han rechazado los ataques de los italianos en distintos puntos de su extensa línea de batalla, especialmente en el valle de Sugana, en el alto valle de Posina, contra la meseta de Doberdo, contra Montfalcone y contra la cabeza de puente de Goricia.



Habitantes de una aldea rusa celebrando una victoria del ejército ruso. Procesión en acción de gracias al Santo patrono del pueblo

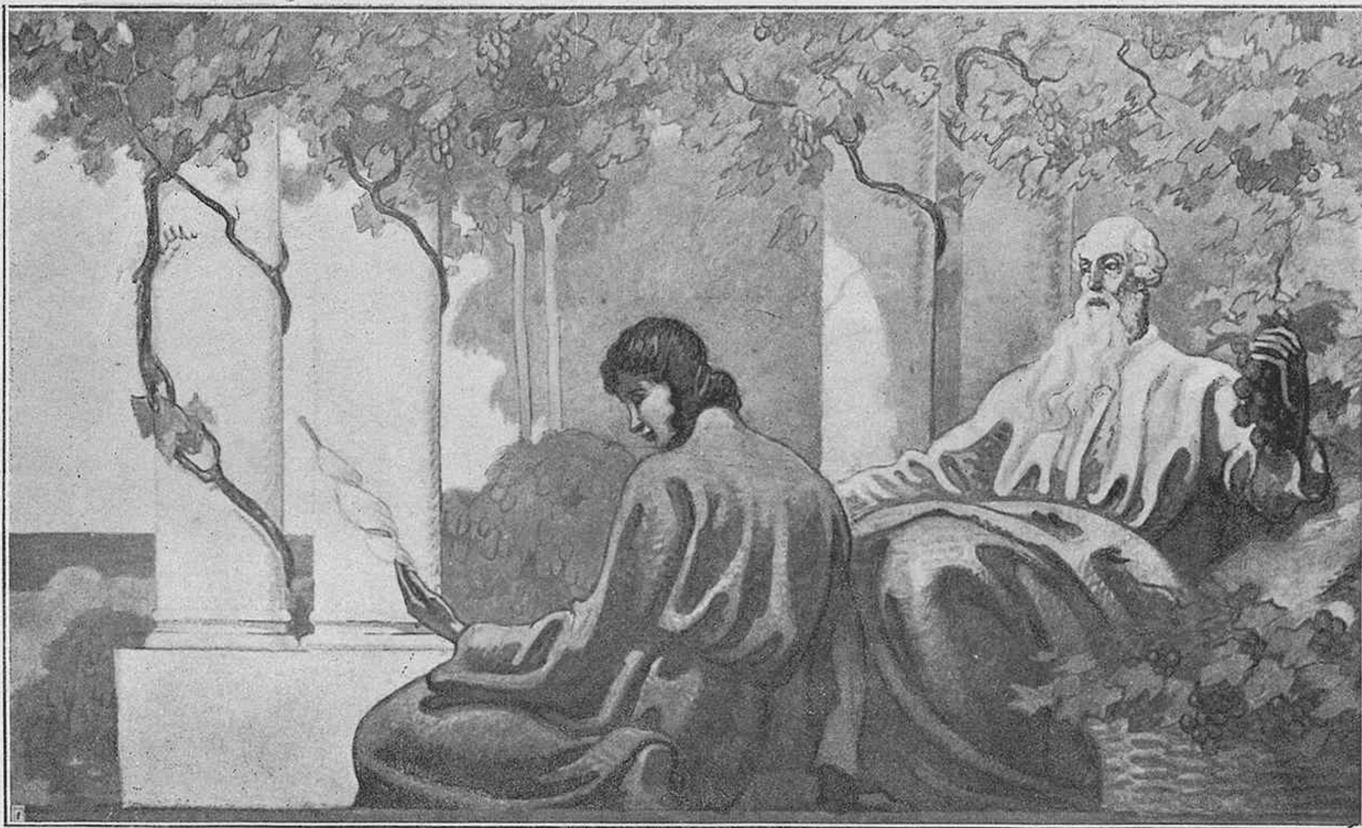
Dibujo de H. W. Koekkoeh, según un croquis del natural de H. C. Seppings Wright. (Reproducción autorizada.)

En la hora de la victoria lo mismo que en los días de tribulación, el espíritu profundamente religioso del pueblo ruso se manifiesta de un modo en extremo impresionante. El adjunto grabado representa una pintoresca ceremonia de acción de gracias celebrada en una aldea rusa al tenerse noticia de un gran triunfo obtenido por los ejércitos del tsar; el artista autor del cro-

quis de donde el dibujo está tomado la describe en los siguientes términos: «Al anuncio de la victoria conseguida, todos los habitantes de la aldea se ponen en movimiento y con sendos cirios y presididos por el pope, van a dar las gracias al santo patrono del pueblo, depositando cada uno una moneda en un tazón puesto sobre una mesa delante de la sagrada imagen.»



El descanso, composición decorativa



La recolección, composición decorativa



La ofrenda, composición decorativa, pintada, como las anteriores, por encargo de D. Juan March. (De fotografías de F. Serra.)



Una procesión en una aldea de la montaña



Entrada del Puerto de San Sebastián. (De fotografías de F. Serra.)



La Granja. Veraneo de la Real familia. Aristocrática excursión a los montes del Paular, a la que ha concurrido S. M. la Reina Doña Victoria. - S. M. la Reina en el precioso *blas* en que ha realizado la excursión.

LA GRANJA. - EL VERANEO DE LA REAL FAMILIA. - EXCURSIÓN A LOS MONTES DEL PAULAR.

Organizada por S. M. la Reina D.^a Victoria, se ha realizado una aristocrática excursión a los montes del Paular en donde está enclavado el famoso monasterio de este nombre.

A las nueve de la mañana se organizó la comitiva frente a Palacio y en caballos y *blas* marcharon los expedicionarios por la carretera de Madrid formando pintoresca cabalgata.

Entre los invitados figuraban los duques de la



S. M. la Reina D.^a Victoria rodeada de los aristócratas que tomaron parte en la excursión a los montes del Paular. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Victoria, el marqués de Monteagudo y sus hijos, los señores de Lombrillo, el duque de la Unión de Cuba, los señores Parrella, Creus y Cienfuegos, y otras personas distinguidas.

S. M. el Rey presenció la partida de los excursionistas antes de emprender su viaje a Madrid, adonde le llamaban los asuntos de gobierno.

Subiendo por el Reventón, llegaron los excursionistas cerca de las doce al monasterio del Paular. Allí almorzaron, recorriendo después aquellos hermosos parajes.

Después del almuerzo y acompañadas por la rondalla de guitarras y bandurrias de San Ildefonso, varias muchachas de El Paular bailaron danzas típicas ante S. M. la Reina.

A su regreso por Navacerrada tomaron el te en la Venta de los Mosquitos, en donde se les unió Su

Majestad el Rey, de vuelta de la corte. Aun cuando en lo alto del puerto estaban esperando los automóviles, la Reina, dando gran prueba de fortaleza, no quiso servirse de ellos y llegó a caballo, con los demás invitados, a La Granja.

El puerto de El Paular hállase situado en la provincia de Segovia, no lejos del puerto de Navacerrada, en el camino que conduce

posesión los primeros religiosos en agosto del año 1330.

La iglesia principal se construyó entre los años 1433 y 1440.

MELILLA. - UN ANDARÍN EN ÁFRICA

Ha pasado recientemente por Melilla el andarín Manuel Pérez Fernández que realiza un viaje alre-



S. M. la Reina D.^a Victoria (x) rodeada de los aristócratas que han tomado parte en la excursión a los montes del Paular

al antiguo monasterio de Cartujos de Santa María del Paular.

El camino, lo mismo que el puerto, están intransitables durante gran parte del año, siendo más fácil, aunque más largo, el que va desde Buitrago por Rascafrías sus fábricas de papel.

Hállase el monasterio en país sumamente áspero, rodeado por las montañas de Peñalara y los puertos de la Morcuera y de Malogosto, que lo cierran completamente, menos por la parte de Rascafría, del que dista un kilómetro, hallándose, por consiguiente, el monasterio en territorio de la provincia de Madrid y su partida de Torrelaguna.

En la parte superior del valle alto del Lozoya se alza el edificio circuido de fuerte muro. Del interior sólo se conserva el altar mayor, que es de piedra de Génova, y a la espalda del mismo el tabernáculo, obra churrigüesca, con numerosas figuras y verdadero derroche de mármoles, dorados y hojarasca.

El coro fué trasladado a la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, en donde en la actualidad se conserva; es una verdadera joya artística de talla, de grandísimo mérito.

Dan todavía idea de lo que fué este monasterio los restos y los claustros del cementerio que todavía se mantienen en pie.

Ya hace muchos años que los restos de este edificio y su hospedería se aplicaron a usos industriales, como almacenes de madera y fábrica de cristal.

Fueron estos lugares mansión de recreo de los antiguos reyes de Castilla, y de los pobos y álamos que allí crecían tomó el sitio el nombre de Pobolar, que después se cambió por el de Paular.

Fundó el monasterio Juan I, cumpliendo un voto de su padre, y de él y sus dependencias tomaron

dedor del mundo y ha de recorrer 120.000 kilómetros para optar al premio ofrecido por la Sociedad de Turismo de Madrid consistente en la cantidad de 100.000 pesetas.

Hasta ahora ha recorrido toda España y parte de Marruecos y ha estado en el Fondak de Ain Sedida, en donde le firmó un documento comprobante de su paso por aquel territorio uno de los jefes de la jarka del Raisuli.

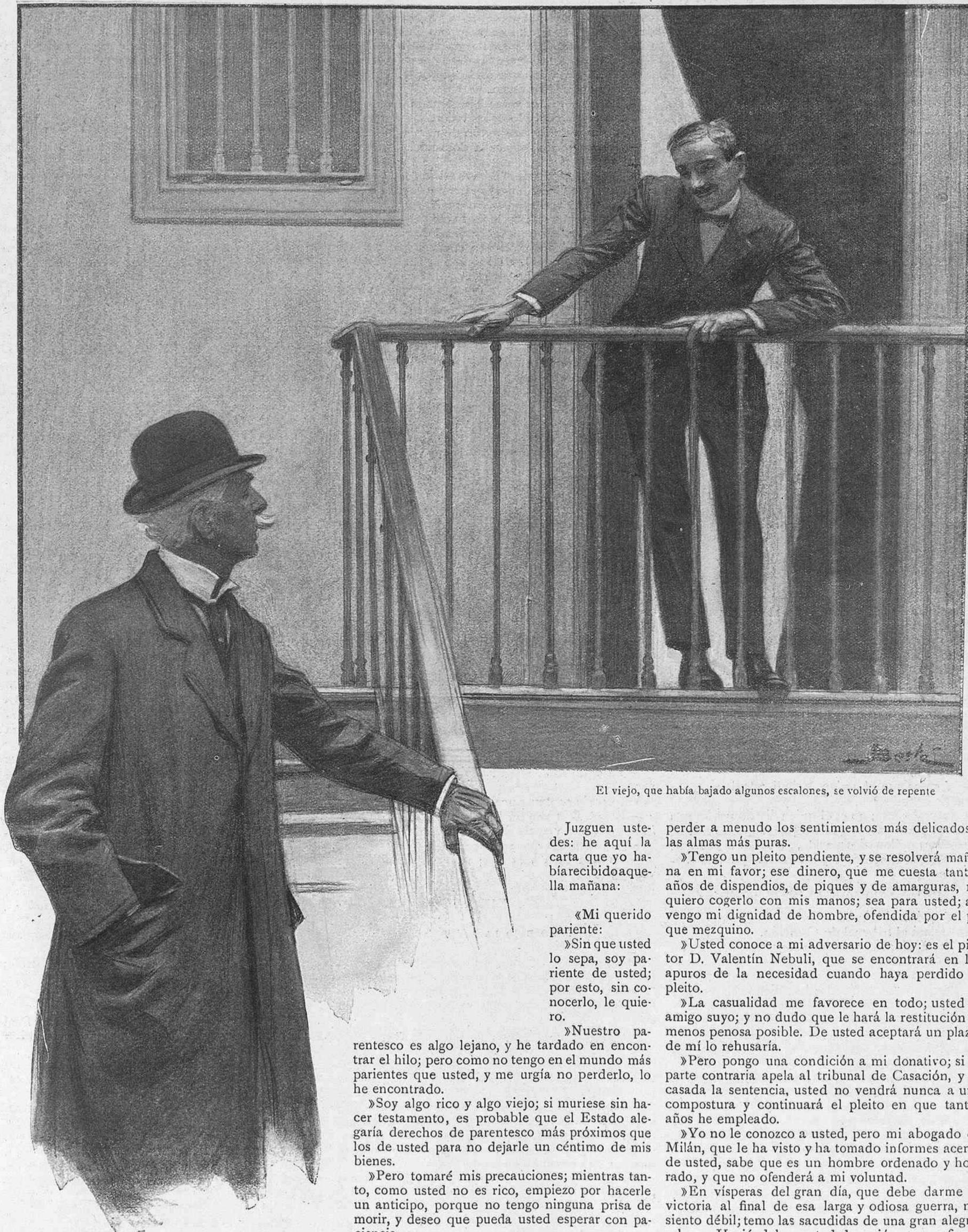


Melilla. Un andarín en África. - Manuel Pérez Fernández, que realiza un viaje alrededor del mundo para optar al premio de 100.000 pesetas ofrecido por la Sociedad de Turismo de Madrid. (De fotografía de Lázaro.)

Manuel Pérez continuará su viaje por el interior de Marruecos y luego seguirá por Argelia, Túnez, Egipto, Turquía Asiática, etc., hasta completar el recorrido que se propone efectuar.

LA ESPUMA DEL MAR

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE J. BASTÉ



El viejo, que había bajado algunos escalones, se volvió de repente

Juzguen ustedes: he aquí la carta que yo habíarecibidoaquella mañana:

«Mi querido pariente:

»Sin que usted lo sepa, soy pariente de usted; por esto, sin conocerlo, le quiero.

»Nuestro parentesco es algo lejano, y he tardado en encontrar el hilo; pero como no tengo en el mundo más parientes que usted, y me urgía no perderlo, lo he encontrado.

»Soy algo rico y algo viejo; si muriese sin hacer testamento, es probable que el Estado alegaría derechos de parentesco más próximos que los de usted para no dejarle un céntimo de mis bienes.

»Pero tomaré mis precauciones; mientras tanto, como usted no es rico, empiezo por hacerle un anticipo, porque no tengo ninguna prisa de morir, y deseo que pueda usted esperar con paciencia.

»No se ofenda de este lenguaje; habla la experiencia de un viejo, que sabe cómo el dinero echa a

perder a menudo los sentimientos más delicados y las almas más puras.

»Tengo un pleito pendiente, y se resolverá mañana en mi favor; ese dinero, que me cuesta tantos años de dispendios, de piques y de amarguras, no quiero cogerlo con mis manos; sea para usted; así vengo mi dignidad de hombre, ofendida por el pique mezquino.

»Usted conoce a mi adversario de hoy: es el pintor D. Valentín Nebuli, que se encontrará en los apuros de la necesidad cuando haya perdido el pleito.

»La casualidad me favorece en todo; usted es amigo suyo; y no dudo que le hará la restitución lo menos penosa posible. De usted aceptará un plazo; de mí lo rehusaría.

»Pero pongo una condición a mi donativo; si la parte contraria apela al tribunal de Casación, y es casada la sentencia, usted no vendrá nunca a una compostura y continuará el pleito en que tantos años he empleado.

»Yo no le conozco a usted, pero mi abogado de Milán, que le ha visto y ha tomado informes acerca de usted, sabe que es un hombre ordenado y honrado, y que no ofenderá a mi voluntad.

»En vísperas del gran día, que debe darme la victoria al final de esa larga y odiosa guerra, me siento débil; temo las sacudidas de una gran alegría y huyo. Haciéndole a usted donación, se me figura que me sustraigo a la causa; mas para estar enteramente seguro, me voy; estaré ausente una semana.

- En suma, me preguntó Anita, ¿te parece o no te parece una combinación extraña?

»El notario, al remitir a usted esta carta por el correo cuatro días después de la sentencia, le notificará también la escritura pública de donación, que he hecho y firmado ante testigos.

»Acepte usted, mi querido pariente, la primera prueba de mi afecto.

»Lecco 13 de diciembre.

»Suyo

»JULIO PASQUALI.»

— ¡Sabes que es realmente una extraña combinación!, exclamó Anita por la veintinuevesima vez.

Y como yo callaba, insistió:

— Pero habla..., di algo tú también...

— ¿Quieres que te diga francamente lo que pienso?.. No me parece una combinación; me parece una broma.

— ¿Una broma de quién?

— No lo sé; pero ¿no ves tú misma lo inverosímil de toda esa historia? El Sr. Pasquali no tiene parientes más próximos que yo, y yo ni siquiera sé quién es el Sr. Pasquali; califica de mezquinos los piques que le han hecho pleitear durante tantos años, y pretende que yo siga litigando en su nombre; tiene miedo de que le mate la alegría de haber ganado el pleito, y está seguro de vencerla y renuncia a los beneficios... Anita mía, todo esto es demasiado inverosímil; por consiguiente, no es verdad.

Pero cuando, dos horas después, recibí la carta del notario de Lecco, el cual, notificándome la escritura pública, me invitaba a proceder a la aceptación, entonces, sin decir nada a Anita, fuí a encerrarme en mi estudio para pensar con método.

El problema era éste:

«Puesto que la donación es cierta, indagar hasta qué punto es verosímil.»

Me pasaban por el cerebro cien embriones de ideas, pero aun no me había venido ninguna idea completa.

¿Sabían ustedes lo que había hecho mi Anita? Había corrido abajo a decírselo todo a su Clarita.

— ¡Ah, exclamé, se lo diré a Valentín!

— Me ha prometido no decirle nada; pero será preciso que lo sepa un día u otro, si la cosa es cierta; sí, por el contrario, es una broma, ¿qué mal hay en ello?

— No es ninguna broma, dije.

— ¿Sí? ¿Entonces somos ricos?

— Sí, porque nos prestamos a despojar a tu Clarita y a Valentín.

Creía haber echado una ducha sobre su entusiasmo, pero añadió:

— No los despojaremos, partiremos por igual; ya se lo he dicho a Clarita, ¡y está más contenta!..

— ¡Hola! ¿Y tú dispones así, sin decirme nada?, dije haciéndome el serio.

— Eres tú el que dispones; estoy segura de que ya se te ha ocurrido esta idea a ti también. No querías enriquecerte con la miseria de nuestros mejores amigos; por consiguiente, en vez de renunciar la donación para quedar todos pobres, aceptas y haces dos partes iguales...

— ¿Y crees que el amigo Nebuli estará contento de partir conmigo?

— Naturalmente; no es él quien distribuye, somos nosotros; y me parece que no puede aspirar a más; si fuésemos millonarios ¡pase!.., pero siendo pobres... se necesitaría desparpajo para querer que nos despojásemos por él.

— Él no pretenderá nada, pero no querrá nada de nosotros.

— ¿Y qué hará con su soberbia?

— Apelaré al tribunal de Casación.

— Que apele; litigaremos; peor para él; volverá a perder el pleito.

— ¿Por qué?

— Porque si los tribunales han dicho esta vez que el viejo Corvi era imbécil, es señal de que lo era.

— A ti antes no te parecía imbécil.

— Tampoco a ti... Pero ¿tú le conociste? ¿Le conocí yo? Nosotros ¿qué sabemos? Lo decíamos por decir...

Al llegar a este punto, no pude contenerme y le tapé la boca con un beso.

Después le dije dulcemente:

— ¡Calla!, ¡calla!

Ella me miró sorprendida y comprendió.

— Me volvía mala, dijo, ¿verdad?

Entró en aquel momento el amigo Nebuli.

Al verle, adiviné que lo sabía todo.

Vino a mi encuentro y se esforzó en sonreírme, pero fuí yo a cogerle la mano que él no me daba.

— Pues ¿qué ha ocurrido?, preguntó.

— ¡Ah!, contesté, grandes cosas. Lee.

Leyó las cartas del Sr. Pasquali y del notario, y dijo:

— ¡Combinación más extraña!.. ¿Tú el único pariente?.. ¡Extraña combinación!

— ¿Es todo lo que me dices?

— ¡Ah!.., me alegro, me alegro mucho...

— ¿Quieres ser sincero?, dije yo tristemente; no estás contento...

— ¿Por qué?.. ¿Qué pierdo yo? ¿No vale más que mi desgracia redunde en provecho de un amigo?

— Si, vale más, lo sé muy bien que vale más; pero confiesa que esta noticia te ha causado un poco de despecho, y has tenido un momento en que el instinto te decía que la peor desgracia que podía sobrevenirte era ésta de ver tus despojos sobre el amigo cordial, y confiesa que no has tapado en seguida la boca a ese mal instinto...

— Pues bien, sí, es verdad; pero ya pasó..., te juro que estoy contento y lo debes creer...

Nos dimos un fuerte apretón de mano.

— ¿Luego puedo aceptar la donación?.., pregunté riendo.

— ¡Acéptala, caramba! Pero te advierto que iremos al tribunal de Casación, que tenemos catorce causas de nulidad... ¿No lo tomarás a mal?

— ¡Ni por pienso!; pero no iremos al tribunal de Casación; el pleito habrá terminado, y mi querido pariente no tendrá nada que decir si hacemos de todo dos partes iguales; la mía me la darás como te acomode. una partida de vez en cuando, cuando hayas vendido una docena de cuadros; trabajaremos juntos y no imitaremos a los dos buenos amigos y cuñados, tu tío y mi pariente.

Valentín estaba serio.

— ¿Qué me dices?, insistí.

— No puedo; tu generosidad es digna de nuestra amistad, pero yo no puedo aceptar nada de ti.

— ¡Ya!, repliqué; de mí no, y de los tribunales sí; dílo claramente; di que mi generosidad te ofende, que te hago una limosna...

— Sin amargura. repuso él, ¿no es la verdad?

— ¡No!, exclamé; ¡no es la verdad! Los tribunales hoy me han dado la razón, pero ayer te la habían dado a ti... Estamos iguales. Si tú vas al tribunal de Casación y tienes catorce causas de nulidad, se vuelve a empezar; puedes perder tú, puedo perder yo; mientras tanto los abogados se comen las rentas y roen el capital, y el pique destroza nuestra amistad. Hazme el favor: escribe a tu abogado que no apelas al tribunal de Casación; yo buscaré el mío para aceptar la donación.

Había estado elocuente; mi amigo se me echó al cuello y me dió un beso sonoro. Anita no cabía en sí de alegría.

— ¿Conoces a tu abogado?, me preguntó Valentín sonriendo.

— No, es él quien me conoce a mí, al menos así lo dice la carta de *mi pariente*, pero yo no le he visto nunca...

— ¡Se me ocurre una idea!, exclamó Anita.

— Te equivocas, interrumpí leyéndosela en los ojos.

— El Sr. Bini..., insistió mi mujer.

— Te equivocas, repetí; te aseguro que te equivocas.

Y no pude contener una carcajada.

— El Sr. Bini vendrá hoy, añadió; se lo preguntará a él mismo y verás que te equivocas.

— ¿Cómo sabes que vendrá hoy?

— Es una idea mía fija; estoy seguro de que vendrá.

XIX

MIRO BAJO LA MÁSCARA

En efecto, el Sr. Bini nos hizo una visita, porque hacía tiempo que no nos veía, porque probablemente tendría que dejar a Milán, y hasta porque no había querido pasar por delante de nuestra casa sin subir...

No le faltaban razones, como ustedes ven.

A mí, que lo miraba curiosamente, me parecía no haberle visto nunca más circunspecto; ya no mostraba su risita maliciosa ni el centelleo de sus ojos penetrantes.

Estábamos solos; nadie podía hacernos traición, y yo también probé de hacer el comediante, sentándome delante de él, permaneciendo tan grave y tieso como él, obligándole a arrancarme las palabras una por una como monedas de oro.

En este juego, el viejo se impacientó antes que yo.

Viendo que no encontraba medio de hacerme salir de mi trinchera al campo abierto de la charla, en que se consideraba más fuerte que yo; viendo que si callaba, callaba yo también, contra las reglas de la buena conversación; que sus preguntas de cuatro

palabras obtenían contestaciones de una sola; viendo todo esto, se decidió finalmente a decirme:

— Mi querido D. Fernando, yo tengo buen ojo, y veo que tiene usted alguna inquietud que me oculta. ¿no ha ocurrido novedad?.. ¿Ninguna desgracia?..

— Ninguna, dije triunfalmente, al contrario, lea usted.

Y, sin añadir una palabra, le entregué las dos cartas.

Las cogió y las leyó ordenadamente, mirando antes la dirección de cada una.

Yo no le quitaba la vista de encima, y él seguía leyendo, moviendo los labios, colocándose mejor delante de la luz, cuando tropezaba con alguna dificultad...

— ¿Qué le parece?, le pregunté.

— Es singular.

— Sí, es singular.

Momentos después, el Sr. Bini empezó su interrogatorio.

«¿Ha contestado usted? ¿No ha contestado? ¿Qué piensa hacer? ¿Valentín lo sabe?..»

— Es una cosa delicada, observó luego.

— Sí, muy delicada...

— Y peligrosa.

— Nada peligrosa; la verdadera amistad no corre ningún peligro por una miserable cuestión de intereses...

— Pero si entra el pique...

— No le dejaremos entrar... Ha habido un momento en que...

— ¡Ah!, ¿ha habido un momento en que?..

— Sólo un momento; ahora, Valentín y yo estamos de acuerdo.

Entonces se lo dije todo.

Por primera vez, desde que conocía a aquel hombre, le vi emocionado; se levantó me estrechó la mano y me dijo:

— ¡Bravo!

Lo acompañé hasta el rellano de la escalera, y ya iba a cerrar la puerta, cuando, fingiendo haberme olvidado de alguna cosa, volví a abrirla y dije sencillamente:

— ¡Señor Pasquali!

El viejo, que había bajado algunos escalones, se volvió de repente, me vió y me contempló un instante con la boca abierta.

— Señor Pasquali, repetí con la misma naturalidad.

Entonces el apócrifo Sr. Bini volvió a subir, me cogió las manos entre las suyas, me miró fijamente en los ojos, y por último echóse a reír.

Yo me reí también.

¡Un hermoso dúo!

Durante un buen rato, no pudimos cesar; nuestra risa pasó por todos los tonos mayores, hizo las modulaciones más extrañas, prorrumpió en los acentos más insólitos, y siempre sin soltarnos las manos, antes bien estrechándolas con más fuerza como para comunicarnos firmeza y valor.

Cuando finalmente a fuerza de probar logramos ponernos serios, algo más de lo natural, como siempre sucede, yo dije:

— Señor Pasquali, comprendo su engaño hasta el fallo del pleito; yo hubiera hecho lo mismo: me explico la continuación del misterio después de la sentencia, porque un hombre ordenado como usted, después de haber desarrollado una comedia, no podía abandonarla un par de escenas antes del desenlace; pero sepa que de hoy más tiene un público, y no hay necesidad de hacerle perder la paciencia.

Esto dije en son de broma.

— ¿Valentín sabe?.., me preguntó el Sr. Pasquali.

— No sabe nada.

— Déjeme usted la satisfacción de la catástrofe; no le diga nada...

— ¿Hasta cuándo?

— Hasta mañana por la noche.

Bajó luego la escalera riendo, y yo, riendo, fingí volverme a casa; pero, cinco minutos después, fuí en busca de Valentín.

Me estaba prohibido decirle nada y quizá por esto sentía la necesidad de verlo, de oírlo hablar, de saborear la dulzura de mi secreto como un avaro.

Me pareció que Marco, al recibirme en la antecámara, tenía un aspecto menos solemne que de costumbre, lo cual hubiera bastado para maravillarme; pero calculen ustedes cuál no sería mi estupor, cuando él, con un acento bonachón, de que yo no le creía capaz, me detuvo para decirme que tenía que decirme una cosa.

— ¿Qué cosa?, le pregunté empujándome.

— Anteayer el señor me despidió...

— ¿De veras?

— De veras... y como he encontrado un amo que tiene prisa, quisiera rogar a usted que ruegue al se-

ñor que me deje en libertad hoy mismo; no haría semejante cosa ¿sabe? si no se tratara de mi situación...; porque, verá usted, el perder una buena casa, pronto está hecho, si se entromete el diablo, pero el encontrarla es difícil...

Al decir estas últimas palabras había vuelto a adoptar su dignidad verdaderamente ejemplar. Yo le contesté en igual tono:

- Hablaré de su deseo, y puedo prometer a usted que se le dejará en libertad inmediatamente.

- Gracias, dijo él.

Entré en el estudio... y ¿qué vi? Un cuadro empujado sobre un caballete, otro arimado a la pared, y doña Clarita toda apurada, delante de este último, en una actitud llena de gracioso azoramiento.

Valentín no estaba allí.

- ¿Cómo va?, dije yo.

- Bien, ¿y usted?... ¿y Anita?, balbució la gentil criatura poniéndose colorada.

Y yo, en son de broma:

- ¿Qué tiene?, ¿qué diablos esconde? Déjeme ver ese cuadro...

Se puso aún más colorada, si era posible; por último dijo, alargando el brazo y dándome su manecita como para hacer las paces, pero sin moverse.

- ¿No lo tomará usted a mal?... ¿Me lo perdonará?... Valentín no tiene culpa, yo se lo aseguro a usted... Fué una idea mía... Yo sé muy bien que usted no tenía necesidad de ello...

- ¿De qué?... ¿Cómo?... ¿Por qué?..

- Prométame reírse, insistió.

Reí en efecto.

- ¿Tampoco se ofenderá?

- ¿Pero de qué?

Entonces se apartó lentamente, bajando un poco los ojos, y vi... ¿lo adivinan ustedes?... Mi primer cuadro que yo había mandado a la Exposición, y que se había vendido milagrosamente a los ocho días.

La extranjera desconocida era ella, era aquella mujercita arrepentida de su idea gentil como de una culpa.

Confieso que tuve por ello un poco de despecho, un poquito nada más; después la gratitud me invadió el corazón y no dejé puesto a las mezquindades de la vanidad; y cuando me sentí capaz de dar las gracias a doña Clarita sinceramente, sólo entonces el ruso salió de las brumas del olvido para consolarme y tras él el ignoto comprador de los otros dos cuadros.

- ¿Me perdona?, dijo ella.

- Le doy las gracias, contesté, a menos que me hayan jugado la partida de comprar también la *Familia del Pescador*... A ver ¿no fué por ventura un ruso alto como yo, enjuto y flaco, el que dió el encargo de encontrar muy hermosa la *red* y de dejarse pescar luego por ochocientas liras?

- No, no..., además, dijo Clarita recobrando su aplomo, su cuadro me gustaba mucho..., éramos ricos..., ¿qué mal había? Se lo queríamos decir a usted, pero estaba usted tan contento de que su cuadro hubiese sido comprado por una extranjera, que...

Es verdad; yo me había mostrado tan contento, que hubiera sido un pecado echarme a perder aquella alegría.

Convine de buen grado en ello, y cuando apareció Valentín, le besé en ambas mejillas por gratitud.

- Tienes que hacerme un favor, le dije luego; has despedido a ese buen diablo de Marcos...

- Sí, y al cocinero también. Empiezo a hacer economías.

- Pues bien, el pobre Marcos te suplica, por mi conducto, que lo dejes libre hoy mismo, pues ha encontrado un buen amo... y...

- Que se vaya, me dijo Valentín riendo para sí.

- ¿Por qué te ríes?

No me contestó, pero apenas estuvimos solos un instante, miró alrededor y me dijo con una risita misteriosa:

- El Sr. Bini hace una de las suyas...

- ¿De veras?

Me puso en la mano una carta; busqué en seguida la firma y leí:

EL PADRE DE CLARITA.

El texto del papel decía:

«Estoy solo en el mundo, soy viejo; el cielo me envía una hija cuando menos lo esperaba; ¡bendito sea el cielo! Venga usted mañana, a las 5, a la calle de Bigli, número 19; tengo buenas noticias que darle; hágase acompañar por su mujer, su amigo Fernando y doña Anita; haremos las paces... ¡Ah!, ¡que mi hija no me rechace!

»Milán, 20 de diciembre.»

- ¡Ya no me cabe duda, es él! Es una invitación a comer, dije.

- ¿Qué paces quiere hacer?, repuso Valentín. ¿Hemos estado por ventura en guerra?

- Es una metáfora, contesté riendo. ¿Irás?

- Debes decir: ¿Iremos?... Creo que sí... ¡Tiene buenas noticias que darme!..

Comprendí su esperanza falaz, pero se la dejé, pensando: «¿Qué mal puede hacerle?»

- Es curioso, dije echando otra mirada a la carta, ¡me parece haber visto otra vez esta letra!

- ¿A ti también? Pues lo mismo me parecía a mí... Pero luego he pensado que el Sr. Bini no me ha escrito nunca...

- Tampoco a mí..., sin embargo, estas ges con la cola en forma de gancho ya las he encontrado en alguna parte; y estas oes, que parecen hechas con un compás, las he visto seguramente otra vez.

Pensé un momento.

- ¡No!, no, no nos ha escrito nunca el Sr. Bini... Habiéndoseme acudido una idea, fingí buscar algo entre los papeles de mi cartera, y di una ojeada a la misiva del Sr. Pasquali, fechada en Lecco.

- No había ningún parecido.

- ¡No!, no, no nos ha escrito nunca, repetí... Y sin embargo esas ges... y esas oes...

Diez veces en pocos minutos estuve tentado de cantar el secreto del Sr. Bini; pero me contenté con sonreír, para que el amigo Nebuli preguntase:

- ¿Qué hay?

Y yo pudiese contestarle misteriosamente:

- Nada..., nada.

XX

EL SR. SALVIONI LEE

Yendo el día siguiente a la calle de Bigli, número 19, sabíamos todos que íbamos a una especie de teatro, para reír un poco; pero yo era el único que creía conocer con precisión el programa del espectáculo:

«El Sr. Bini ha encontrado una hija fabricada en París y no quiere restituirla... tanto más cuanto que nadie se presenta a reclamarla. Cuando todo está en regla, el Sr. Bini se duplica, surge su *alter ego*, el Sr. Pasquali; éste, para hacer la paz con su adversario en el pleito, le da por esposa a la *hija del señor Bini*.»

Pero el viejo ladino empezó por trastornar mis ideas, poniendo el desenlace, o lo que yo consideraba como tal, materialmente a la puerta, pues todos pudimos leer en la misma y en caracteres muy visibles:

PASQUALI

- ¡Cómo!, exclamó Valentín; entonces no es el señor Bini...

Pareciéndome que el letrado puesto en la puerta me autorizaba a decir lo que sabía, repuse:

- Es el Sr. Bini y no es el Sr. Bini; porque, como decías muy bien el otro día, el Sr. Bini no es el señor Bini. Me explicaré: tu adversario en el pleito, el misterioso comprador de tu *Venus*, el falso padre de doña Clarita, son tres personas en una sola.

Mientras nuestras mujeres reían en el rellano de la escalera, rió estrepitosamente la campanilla detrás de la puerta. Ésta se abrió luego, y compareció - adivineno ustedes, que no es difícil -, compareció Marcos, el solemnísimo Marcos, impasible y grave con su librea nueva.

Nos miramos y volvimos a reírnos, esperando hacer reír hasta al criado, el cual no se dejó tentar, y nos introdujo en una «vasta y rica sala, espléndidamente iluminada» como en el último acto de una comedia alegre, en que se celebra la boda. En el centro de una pared se veía la *Espuma del mar* del amigo Nebuli, entre dos obras mías, las últimas que habían salido de la Exposición Permanente. Me volví temeroso de encontrar *La familia del pescador* en la pared opuesta, y me consolé no encontrándola. Al menos mi ruso había obrado en serio.

Aquellos dos lienzos me decían una verdad dolorosa, y es que los cuadros de género no son tan fáciles de vender en Milán como en Turín, como Anita y yo nos habíamos imaginado.

Momentos después entró el Sr. Pasquali.

- Mi querido Sr. Bini, le dije.

- Sr. Bini, repetimos todos riendo.

- Pasquali Bini, para lo que gusten mandar; contestó él sin turbarse; tomen ustedes asiento; usted, hija mía, siéntese en esa butaca al lado de papá... Porque han de saber ustedes, prosiguió, que he encontrado una hija... ésta... ¿Quiere usted venir a mis brazos, doña Clarita?... ¿No?... Vendrá más tarde... Probamos de interrumpirlo, pero no hubo medio.

- Déjenme hablar; han de saber también que soy un poco terco; quiero las cosas a mi manera, y por lo regular las cosas no se hacen rogar demasiado... Ahora quiero que doña Clarita sea mi hija, que me llame papá, que me tutee y que me dé un beso cada mañana.

- ¡Pero usted no es mi padre!, observó Clarita.

- ¿Y usted qué sabe? ¿Estaba usted acaso en el mundo cuando sucedió la cosa? Sepa que iré al Registro Civil, a declarar que usted es mi hija, y todos lo creerán; si lo llaman Registro Civil es porque hay allí personas corteses, incapaces de dar un mentís a un viejo lleno de reuma y de remordimientos. Apenas la haya reconocido, usted se llamará Clara Pasquali, viuda de Salvioni...

- ¡Viuda!, exclamó Valentín.

Pero el viejo continuó:

- Se llamará Clara Pasquali, y para ponerse en regla con la ley de la sangre, empezará por quererme así (esto diciendo se tocaba la primera falange de un dedo), luego así (tocaba la segunda), después un poco más, y yo tendré bastante; si con el tiempo quiere adorarme, me dejaré mimar, y para darle gusto procuraré estar en el mundo el mayor tiempo posible. ¿No? ¿No le acomoda todo esto? Entonces me largaré pronto, dejándola heredera de mis bienes... En cuanto a usted, don Fernando, ya sabe muy bien que somos parientes.

- ¡Lejanos!, interrumpí.

- Sí, lejanos, y es gran suerte para mí que no le haya perdido de vista; por consiguiente, me hará usted el favor de aceptar la donación, y que no se hable más.

Valentín, después de haber pagado su tributo a la hilaridad común, volvía a estar pensativo.

- ¿En qué piensa?, le preguntó el viejo.

- Pienso que su broma tiene mucha gracia, pero que no puedo permitir...

- Usted no tiene nada que permitir ni impedir; pregúnteselo a su abogado; usted ha de callar; a su tiempo me pedirá la mano de mi hija... y veremos.

Valentín exhaló un largo suspiro, y doña Clarita inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces el viejo se levantó, se acercó a una puerta y gritó:

- ¡Sr. Salvioni, venga usted!

Al nombre de Salvioni, Valentín y Clarita levantaron la cabeza dudando.

Hasta yo tuve una sospecha horrible, y como en una exhalación, vi una comedia monstruosa y cruel, pero presentóse el Sr. Salvioni, y era la persona más inofensiva del mundo: era el de la niña, de la máquina de coser, del apetito, de la carta que tanto nos había asustado.

El Sr. Pasquali Bini nos lo presentó como su secretario.

- ¡Ya caigo!, exclamó Valentín. ¿Usted es quien escribió la cartita de ayer?

- ¿Usted, añadí, es el que hace las oes con el compás y las ges con gancho?... ¡Oh!, no hay ningún mal en eso, ¿sabe?, Sr. Salvioni, puede usted continuar haciéndolas así...

- Es él, contestó el viejo, y como fué él quien nos alarmó a causa de su homónimo, está aquí haciendo penitencia. Lea usted, Sr. Salvioni.

¡Cuán cambiado estaba el Sr. Salvioni! La satisfacción le había afeitado la barba, había puesto un poco de orden en sus cabellos y una sonrisa discreta en sus labios de secretario.

Leyó en alta voz una breve escritura, una preciosidad de pensamientos, de forma y de estilo.

Desde la primera frase, Clarita y Valentín se echaron en brazos uno de otro: a lo último fué un abrazo general; doña Clarita recibió besos de Anita, del viejo y míos, es decir el mío, uno solo. Y hago esta justicia a mi mujer: fué ella la que me empujó para que cometiera aquel hurto.

El Sr. Salvioni se había colocado tímidamente en un rincón, y se contentaba con añadir una sonrisa a la fiesta, no comprendiendo quizá nada de todo aquello, sino que había habido en el mundo otro Salvioni, el cual, dos años atrás, había tenido la felicísima idea de morir en el Cairo.

¿Cómo había podido procurarse el Sr. Pasquali la preciosa noticia?

- Ocupándome de eso muy seriamente, contestó. Valentín Nebuli practicó algunas diligencias a raíz de la muerte del Gran Jorge, pero probablemente se entibió después; sus razones tendría... Claro está que algún dinero me ha costado procurarme este pedazo de papel... No quiero ofender a los empleados del Estado... Dios me guarde de calumniar a la pobre gente modesta y honrada; pero sepan ustedes que el dinero que echa a perder o corrompe tantas cosas (y yo lo sé de memoria), sabiéndolo gastar, arregla otras muchas...

— ¿Y cómo ha hecho?.. (Mirando alrededor, vi que el Sr. Salvioni había desaparecido, y entonces repetí): ¿cómo ha hecho usted, que vivía a orillas del lago de Lecco, para tener una idea tan feliz?

— ¿Cómo he hecho? ¿Lo sé yo? Las ideas se me acudieron una tras otra. Es una historia larga... Si la quisiese contar, perderían la paciencia y el apetito...

— Diga, diga...

Entonces dijo.

— Es una historia breve, la despacho en cuatro palabras.

Y habló a poca diferencia en estos términos:

«Estaba solo, me aburría; en muchas semanas, los periódicos a que estaba suscrito no me traían ninguna noticia curiosa; el abogado me escribía siempre lo mismo; a fuerza de sostener que el viejo Corvi se había vuelto imbécil, me parecía que los periódicos, el mundo, el abogado y yo mismo éramos todos imbéciles sin saberlo, como probablemente le sucedió a Corvi que en gloria esté.

»Vinieron en buen hora los entusiasmos de la *Espuma del mar*. Mañana, tarde y noche, los periódicos me hablaban de Valentín Nebuli: el autor de la *Espuma* era para todos un gran artista; sin embargo, para mi abogado, continuaba siendo la *parte contraria*.

»Tuve el capricho de ver la obra maestra; cuando la hube visto, quise comprarla, y cuando supe que no se vendía, quise conocer la *parte contraria*, y cuando la hube conocido, me enamoré de su mujer.

»Me pareció sentir un poco de sangre joven en las venas; quería hacer esto, aquello y lo de más allá. ¡Qué no quería yo hacer con mi dinero para remediar el mal que me había hecho!

»Pero no en balde se está tantos años en los tribunales, se pierde un amigo, la salud y el buen humor. Ante todo necesitaba ganar el pleito. Esperé: mientras tanto, las cosas se complicaban; yo disfruté hasta que sospecharon ustedes de mí; cuando me revelaron su afán, me afané yo también; finalmente los tribunales sentenciaron. Ya ustedes conocen el último acto de la comedia; he aquí el desenlace: Clarita Pasquali, viuda de Salvioni, ama al Sr. Nebuli, pintor, y viceversa; el padre consiente, constituye la dote, y se verifica la boda.»

Valentín trató de rebelarse, como de costumbre, no quería permitir...; pero el viejo Pasquali lo hizo callar con estas palabras:

— Suponga usted que yo he muerto; se abre mi testamento, ustedes heredan; si rehusáis, hereda el Estado, que no se anda con repulgos. Ahora, en vez de un funeral, pongamos una comida de boda; usted, don Valentín, coge la dote y me deja vivir un poco todavía... Yo no veo gran mal en esto...

Entró Marcos; se detuvo un instante en el umbral de una puerta y apartó luego la cortina.

Entonces el Sr. Pasquali, encorvando su alta persona, ofreció caballerosamente el brazo a doña Clarita, que no sabía contener la risa.

Valentín dió el brazo a mi mujer y yo fuí a la cola.

En la mesa nos enteramos de que la hijita de Salvioni el secretario había entrado en un colegio, con su amiga la máquina de coser.

— Don Fernando, me dijo el viejo, la máquina ha costado ciento veinte liras; usted me debe sesenta. No se olvide; recuérdesele usted, doña Anita, porque su marido es tan desordenado...

XXI

DEJO LA PLUMA PARA VOLVER A MIS PINCELES

Hay hoy en el aire algo de insólito; por la ventana abierta entra el hálito de marzo anunciando la primavera, y nuestro corazón se abre como para recibir la alegría.

Esta mañana, Anita se ha despertado cantando, y yo con la manía de escribir el último capítulo de nuestra historieta.

¿He hecho bien o he hecho mal en escribirla?

Me afirmo en lo primero pensando que hasta era necesario escribirla; porque cuando la suerte hace una novelita curiosa y alegre, a la que nos parece que no falta nada, yo digo que aun falta una cosa, y es que alguien la ponga bien o mal sobre el papel.

Esto está en el orden de las cosas, y yo, desde que el Sr. Pasquali está lejos, vuelvo a creer que no soy el hombre desordenado que él dice.

El Sr. Pasquali está en París desde hace casi dos meses y medio, y con él se hallan Clarita y Valentín.

Partieron a la mañana siguiente de la escenita de la calle de Bigli, número 19, porque el Sr. Pasquali hizo notar que nunca es demasiado pronto para hacer las cosas alegres, y Clarita y Valentín reconocieron que ello era una máxima llena de juicio.

Anita trató de decir que nunca hay necesidad de exagerar ni siquiera las máximas llenas de juicio; pero en fin, pensando que debían partir, se retuvo y dijo a su Clarita:

— Parte mañana, escríbeme y vuelve pronto.

Partieron el 22 de diciembre: el 23 recibimos la primera carta de Clarita, fechada en Turín; hela aquí:

«Carísima Anita:

»Hace pocas horas que no te veo, y ya me parece tener muchísimas cosas que decirte. Oye una que se me ocurrió; dentro de dos días es Navidad; el niño Juan Bautista vendrá a hacerme ver que conoce todas las letras del alfabeto, para recibir el escudo de plata y el traje nuevo. ¿Qué dirá no encontrándome? No quiero que piense mal de mí; por esto te suplico que hagas mis veces. No pudiendo estar a tu lado en ese día, gozaré viéndote con el pensamiento, a ti y a tu marido, en el acto de examinar a mi amiguito. Cuidad de no asustarlo demasiado, porque Juan Bautista no es ningún héroe. Faltan pocos minutos para la partida; el Sr. Bini me dice que apenas tengo tiempo de poner aquí un beso para mi queridísima amiga y un apretón de mano para D. Fernando.

»CLARITA.

»P. D. Si Juan Bautista no conociese todavía bien todas las letras, te recomiendo que hagas la vista gorda.»

La víspera de Navidad tuve el encargo de comprar los pantalones y la americana de pana gris, y de aprontar un escudo de plata flamante, que reluciese como una estrella.

Habíamos avisado al portero para que mandase el niño a nuestra casa, y por la mañana, apenas despierta, Anita me dijo:

— ¿Quién sabe si Juan Bautista vendrá?

— ¡Si no viniese!.., contesté.

Si no hubiese venido, me hubiera disgustado; pero vino; hasta se dió prisa, porque nosotros no lo esperábamos hasta cerca del mediodía, y a las nueve de la mañana ya subía él la escalera.

Vino la criada a decirnos que había una cosa digna de verse; Anita y yo fuimos a mirar por el ventanillo que da al rellano de la escalera, y vimos a Juan Bautista que daba saltos poderosos para coger el cordón de la campanilla, sin conseguirlo.

Se le abrió la puerta y entró.

Me pareció que una nueva luz le iluminaba el rostro, si no enteramente blanco, mucho más claro que la primera vez; mas no por la nueva luz de la ciencia o de la civilización, como dije en broma a Anita, sino porque Juan Bautista se había lavado la cara respetando las orejas y el cuello.

El pobrecito reía, queriendo vencer así su timidez; pero trabajo le costaba; Juan Bautista no era ningún héroe, todo lo contrario, y bastó la vista de una B mayúscula (que debía ser una implacable enemiga suya) para asustarlo al extremo de haber perdido todo el alfabeto.

— A ver, dije, no es difícil; ¿qué letra es? ¿Por qué no quieres decírmelo?

— *Erre*, balbució.

— No., dijo Anita.

— ¿Y esta otra?, interrumpí haciendo seña a mi mujer, mírala bien.

Juan Bautista no vaciló un momento. Era una V.

Cuando hubo reconocido todas las letras, corregí suavemente su primer error; le hice notar la profunda diferencia que hay entre la B mayúscula y la R mayúscula, y le di normas seguras, fáciles e involuables para no volver a padecer nunca semejantes equivocaciones.

¡Ah!, si doña Clarita me hubiese oído, si hubiese visto la alegría en la cara del muchacho, cuando se vió en posesión del hermoso traje, del escudo nuevo y de los panecillos sabrosos!

Por la noche, en el acto de escribir, entre los gastos del día, el regalo hecho a nuestro pequeño erudito, detuve a Anita, que se marchaba, para preguntarle:

— Entre todo, pues, la buena acción ¿cuánto nos ha costado?

— 18 liras y cincuenta céntimos.

— ¿De veras?, dije yo; pero estas 18 liras y media tienen un valor enorme, tienen el valor de una gran alegría, de una felicidad entera. Y atiende a lo que hago...

Hice una llamada al lado de los 18,50, así (1), y escribí en el margen:

«(1) El dinero vale la alegría que da, el beneficio que reporta; quien desprecia el dinero, prueba que no sabe gastarlo; y el que cree estimarlo demasiado, sólo porque es avaro o lo mide a céntimos, al contrario, lo desprecia.»

— ¿Y para quién escribes esto?

— Para nuestros hijos que vengan; quiero que encuentren en estos cuadernos del gasto diario algo del alma de su papá que tanto los amaba.

— ¡Nuestros hijos!, murmuró Anita sonriendo sin ganas. Yo estoy resignada...

— Yo no; sólo hace tres años que somos marido y mujer. La señora Carolina ¿no tuvo una hermosa niña a los siete años de matrimonio? ¿Y tu amiga de Turín, Clotilde? ¿Y aquella otra?.. ¿Cómo se llamaba?..

Un pájaro ha venido a posarse en el antepecho de la ventana, ha dado media vuelta a la derecha y media vuelta a la izquierda con la precisión de un veterano, y luego, mirando hacia mí, me ha dicho una palabra que he comprendido muy bien, y que estoy tentado de escribir: — *fin*.

Pero no me fio; podría haberme olvidado de algo...

¡Ah! No he dicho a ustedes que a Clarita y a Valentín les espera una magnífica sorpresa.

Recordarán ustedes que en su piso había algunos errores que corregir; había que convertir el estudio en salón, y un salón en estudio, y dos cuartos dormitorio en uno solo.

Todo esto está hecho.

No he dicho a ustedes que en una carta de hace unos quince días Valentín me confesó que se halla presa de una manía insólita, la de trabajar mucho.

Y comprendo por qué: porque de hoy más su porvenir, cesando de ser indeterminado, no hace ya la guerra al presente.

Y no he dicho a ustedes que, desde hace ocho días, Clarita Pasquali y Valentín Nebuli son marido y mujer, y que si mi Anita viene a ponerse detrás, con la mantellina y el sombrero puestos, es porque faltan cuarenta minutos para la llegada del tren, y la impaciencia le hace calumniar a mi reloj de sobremesa, un modesto reloj de Ginebra, pero montado en regla sobre sus ocho piedras, e incapaz de dar un paso más largo o más breve de lo necesario.

Impaciente también lo estoy yo por mi parte, pero sé que iremos a la estación en quince minutos y que me bastará ponerme el sobretodo para estar listo.

Y tampoco he dicho a ustedes, pero ya lo han adivinado, quién llegará en el tren de las once y cincuenta y cinco.

Llegará el precioso Sr. Pasquali; llegará mi mejor amigo; llegará la mujercita más adorable del universo... después de mi mujer.

P. D. *Nota de mi mujer*: ¡Hipócrita!

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

BARCELONA. — EN LA ESCUELA DE BOSQUE DE MONTJUICH. — HOMENAJE AL ILUSTRE ESCULTOR JOSÉ LLIMONA



Los profesores y alumnos de la Escuela rindiendo homenaje al Sr. Llimona. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Con gran solemnidad se ha efectuado en la Escuela de Bosque del Parque de Montjuich el homenaje al escultor D. José Llimona acordado por la comisión de Colonias Escolares y de Escuelas de Bosque y por el Ayuntamiento por haber cedido aquel eminente artista el hermoso grupo escultórico *Amor a la infancia*, instalado en la glorieta situada enfrente de la citada Escuela.

Presidió el acto el alcalde señor marqués de Olérdola y a él concurrieron, además del homenajeado, el presidente de la mencionada comisión Sr. Puig y Alfonso; los vocales de la misma señores Gili, Bracóns, Alfonso, Serrat, Tarrés, Iglesias (D. Ignacio); el primer teniente de alcalde Sr. Durán y Ventosa; los concejales señores Morales Pareja, Cararach, Llopis, Fusté, Pagés, Cirera, Rita, Cuadrench, Rovira y Vila Marieges; el secretario Sr. Palou; el secretario accidental del Ayuntamiento Sr. Puig; el diputado a Cortes señor Giner de los Ríos; D. Roque Grau, en representación del delegado regio de primera enseñanza, y otras personalidades.

La fiesta se celebró en la sala de recreo, que estaba adornada con profusión de flores, plantas y gallardetes, y junto al estrado, en el que tomaron asiento el alcalde y los elementos oficiales, estaba expuesto el magnífico pergamino con que el Ayuntamiento obsequia al Sr. Llimona y en el cual se inserta el acuerdo de la Corporación municipal de 29 de abril último otorgando un cumplido voto de gracias al Sr. Llimona por haber cedido desinteresadamente para la Escuela de Bosque del Parque de Montjuich el inspiradísimo monumento.

Después que el concejal señor Llopis hubo leído los acuerdos de la comisión y del Consistorio referentes al acto que se realizaba, el Sr. Puig y Alfonso pronunció un elocuente discurso encomiando la genial labor del Sr. Llimona como artista y su ferviente colaboración en el seno de la comisión de Colonias Escolares y Escuelas de Bosque, y elogiando y agrade-

ciendo el donativo de su hermosa escultura, que une su belleza artística a las bellezas naturales de Montjuich. Terminó invitando al alcalde a entregar al Sr. Llimona el pergamino que le dedica la ciudad.

El marqués de Olérdola evocó su antigua amistad con el homenajeado; recordó que éste, cuando era muy joven y por sus excepcionales aptitudes artís-

prueba su constante y entusiasta cooperación en aquélla y el magnífico presente artístico que le había hecho; y terminó haciendo entrega, en nombre de la ciudad, del pergamino al ilustre artista y excitando a los niños al estudio y al amor al progreso.

El Sr. Llimona, hondamente emocionado, manifestó que no se consideraba acreedor al homenaje que se le tributaba, puesto que era para él una honra y una satisfacción grandísimas el ver colocado su grupo escultórico ante los ojos de los niños que en aquella Escuela se educan; añadió que era él, por consiguiente, quien estaba agradecido por la distinción que le había otorgado el Ayuntamiento aceptando su escultura; y terminó diciendo que en la actualidad estaba concluyendo una obra a la que dedicaba todos sus entusiasmos y que, si una vez concluida, respondía a sus ilusiones, la cedería al Ayuntamiento, es decir, a Barcelona, para que la colocase en alguna de las plazas públicas de nuestra capital.

A continuación, 80 niños y niñas de la Escuela cantaron el inspirado himno oficial de la misma, letra del ilustre dramaturgo don Ignacio Iglesias y música del maestro compositor D. Federico Alfonso, que fué muy aplaudido.

Luego se dirigieron al sitio en donde se alza el monumento. La directora de la Escuela, D.^a Rosa Sensat, en nombre de las niñas, elogió el rasgo de desprendimiento del Sr. Llimona y la obra artística por éste regalada a la Escuela, y presentó al artista al niño y la niña más pequeños de los que a la Escuela concurren y que le entregaron una cesta de retama cogida en la montaña. El director Sr. Monroig, en nombre de los niños, pronunció sentidas frases de

elogio y gratitud al Sr. Llimona, quien recomendó a los escolares que estudiaran siempre y admiraran las obras de arte, que son el más bello encanto de la vida. Los niños depositaron ramos de flores en el monumento, con lo que terminó aquella fiesta, que resultó altamente simpática y conmovedora.



Amor a la infancia, escultura de José Llimona regalada por éste al Ayuntamiento con destino a la Escuela de Bosque del Parque de Montjuich. (De fotografía de F. Serra.)

tas, había sido pensionado por la ciudad para perfeccionar sus estudios en Italia, desde donde remitió su estatua de Ramón Berenguer, que fué unánimemente admirada; habló del entusiasmo que siente el Sr. Llimona por la obra de las Colonias Escolares y Escuelas de Bosque, entusiasmo del que son

BARCELONA. - EL NUEVO SERVICIO DE LIMPIEZA PÚBLICA, DOMICILIARIA Y RIEGOS. (Fotografías de A. Merletti.)

El día 22 de este mes comenzará a implantarse en nuestra ciudad el nuevo servicio de limpieza pública, domiciliaria y riegos que el Ayuntamiento ha con-

tratado con la sociedad Fomento de Obras y Construcciones. Con este motivo, una comisión de concejales y representantes de la prensa local visitaron, hace pocos días, invitados por la expresada sociedad, los terrenos en donde se está terminando la construcción de las amplias cocheras, con fachada a la Riera de Magoria e inmediatas a la calle de Cortes, que la empresa destina a contener el material móvil con que han de practicarse los mencionados servicios públicos.

El solar de las cocheras mide, en conjunto, más de diez mil metros cuadrados y consta de un gran patio de entrada, un vasto edificio central de nueva construcción, de dos pisos y que sirve de almacén para el vestuario y demás efectos, y de cuatro tinglados o naves, de más de cien metros de largo por catorce de ancho, independientes unos de otros y separados por calles cuya anchura es de nueve metros.

Dichos tinglados, que tienen capacidad suficiente para contener los quinientos vehículos que se consideran necesarios para la buena prestación del servicio, están sólidamente construidos, tienen pavimentos de piedra sobre base de hormigón y rejuntados con cemento, y están perfectamente ventilados; a lo largo de cada uno de ellos corren tuberías subterráneas con numerosas bocas de riego, de modo que la limpieza y la desinfección del material se efectuarán diariamente con toda facilidad y de un modo eficaz, teniendo en cuenta todo lo que los preceptos higiénicos recomiendan.

Contiguos a las cocheras hay los talleres, las cuadras y los almacenes instalados en edificios apropiados y con todas las condiciones que requieren los diferentes servicios a que se destinan.

El material móvil comprende trescientos carros de transporte, de diferentes modelos; tres automóviles para transportar materias infecciosas; dos camiones tirados por caballerías con análogo objeto; seis carros de transporte de animales muertos; sesenta barredoras mecánicas, con tracción animal; tres automóviles para barrer y regar; tres máquinas de barrer y regar, con tracción animal; ochenta carricubas de distintos tipos, con tracción animal; y cincuenta carritos pequeños para el servicio de repaso.

Todos los vehículos, en sus cajas y en sus piezas de resistencia, son de construcción metálica, de modo que en ningún caso estarán las basuras en contacto con piezas de ma-

dera que pueden infeccionarse. En los camiones y automóviles para la conducción de materias infecciosas se han combinado los cierres automáticos con la forma de los recipientes que han de conducir desde los domicilios al carro las mencionadas materias, que no podrán verse desde el exterior ni infeccionar la atmósfera desprendiendo polvos o miasmas.

El vaciado de estos carros se efectuará también automáticamente.

Los automóviles para barrer y regar, que constituyen una novedad para Barcelona, son máquinas admirablemente estudiadas y han sido construidas en París por una casa especialista en esta clase de material.

Las carricubas automóviles, dispuestas con los mayores ade-

lantos de esta clase de máquinas; son un modelo en su género y pueden regar una anchura variable a voluntad, hasta unos veinte metros, regulándose con palancas de maniobra el ancho que riega por cada lado del vehículo. Además tienen una disposición especial para baldear con fuertes chorros para la limpieza del pavimento.

También están dispuestas para ser utilizadas como potentes bombas de agotamiento o de incendio.

De todo este material únicamente han sido adquiridas en el extranjero las tres barredoras automóviles y las tres carricubas para regar. Los demás vehículos, incluso los notabilísimos automóviles destinados al transporte de materias infecciosas, han sido construidos en su totalidad en Barcelona, constituyendo su construcción un gran éxito para la industria nacional.

Durante la visita a las distintas dependencias, el ingeniero de la sociedad Fomento de Obras y Construcciones Sr. Rojo, que acompañaba a los visitantes, suministrándoles detalladas expli-

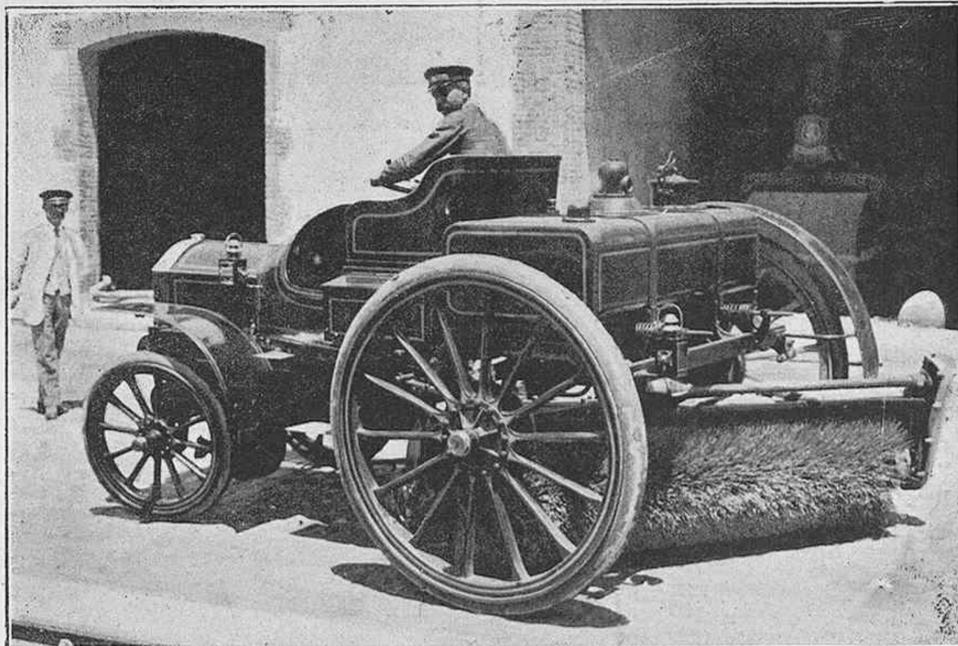
caciones, dirigió la palabra a los representantes del Ayuntamiento, expresándoles los deseos que animan a la empresa contratista para realizar con la mayor perfección posible el servicio y exponiéndoles las dificultades con que se ha visto obligada a luchar para proveerse en las actuales circunstancias de material adecuado y conforme a las necesidades modernas.

Le contestó el concejal Sr. Dessy manifestándole la complacencia con que todos habían recorrido la notable instalación, admirando el material móvil, que se ajusta a modelos prácticos y reúne todas las condiciones del que se emplea para fines similares en las más importantes ciudades extranjeras.

Los ensayos que se han practicado antes de comenzar el servicio definitivo han puesto de manifiesto las excelencias del nuevo material.



Regadera automóvil funcionando como bomba contra incendio



Máquina automóvil para regar y barrer



Regadera automóvil regando una anchura de veinte metros